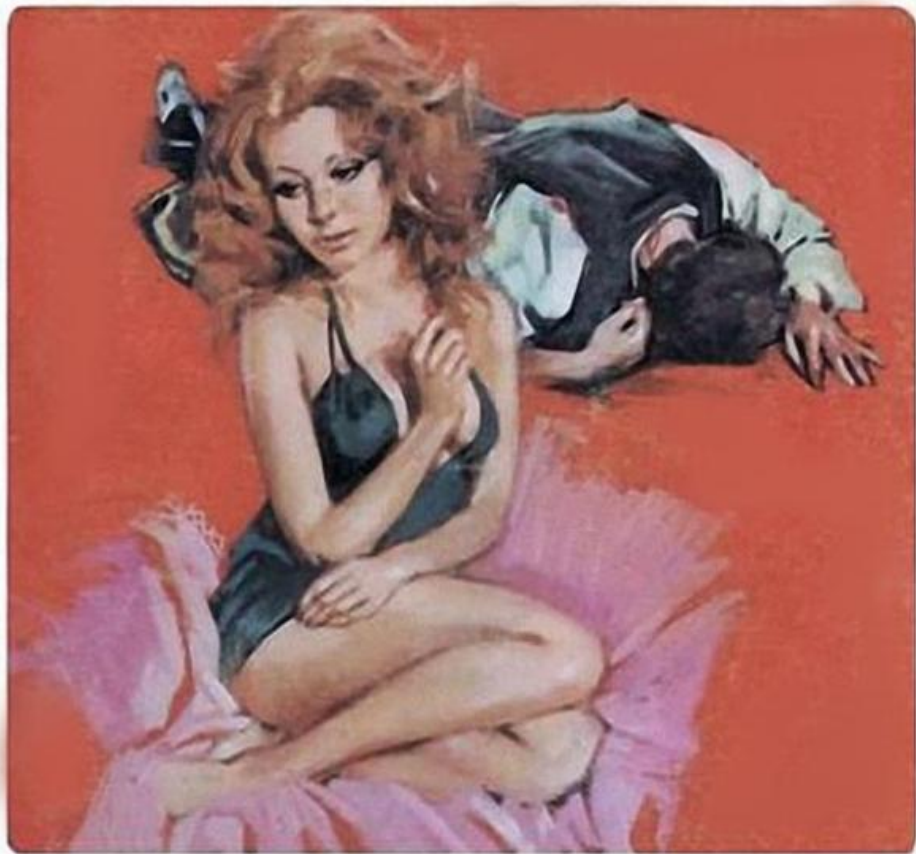


BOLSILIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

LOS ESPIAS MIENTEN SIEMPRE





eb

LOU CARRIGAN

**LOS ESPIAS
MIENTEN SIEMPRE**

Colección LA HUELLA n.º 129
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 6402-1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: abril, 1977

© Francisco Bruguera - 1977

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

PRELUDIO

El capitán del carguero Humboldt III, de pabellón estadounidense, había dado permiso distraídamente, sin alzar la mirada, sin separarla de sus anotaciones. Se abrió la puerta del pequeño camarote-despacho y entró el primer oficial, carraspeó y el capitán Traynor le dirigió una mirada.

—Parece preocupado, Spencer —dijo—. ¿Ocurre algo?

—Será, mejor que venga conmigo a cubierta, señor.

El capitán gruñó algo y, pensando que Spencer era de esa clase de funesto pesimista que adquieren al ataúd en vida y lo prueban para comprobar su comodidad, siguió a aquél, hacia cubierta. Spencer fue directamente hacia otro oficial, que tenía binoculares en las manos. El hombre parecía tan preocupado como Spencer.

—¿Qué pasa? —masculó el capitán.

El oficial señaló las aguas. Se percibían en ellas unos raros reflejos giratorios. Algo muy fugaz, pero perceptible si se miraba con atención.

—¿Qué son esos reflejos? —murmuró Traynor.

El oficial, en silencio, tendió al capitán los binoculares y Traynor se dedicó a observar los reflejos.

En realidad, los reflejos se veían muy cerca del barco. Y había bastantes. Por lo menos, a estribor, donde se encontraba en aquel momento el capitán y los dos oficiales.

Sin dejar de mirar a través de las lentes, Traynor musitó:

—¿Han mirado a babor?

—Sí, señor —dijo Spencer—. Y también a proa y a popa. Estamos materialmente rodeados de esos reflejos. Hay por lo menos veinte boyas luminosas rodeándonos. Y hay algunos hechos curiosos. Por ejemplo, nuestro radar no detecta presencia extraña

alguna. No sabemos si esas boyas han aparecido aquí, o están fijas, o nos siguen... Otro dato que hemos comprobado: las boyas están girando. Giran sobre su eje.

—Sí, se nota por los reflejos luminosos. Realmente, es extraño: boyas giratorias, transparentes... ¿Tenemos alguna noticia de que se esté efectuando algún trabajo especial por esta zona? Algo relacionado con boyas, o esferas luminosas...

—No, señor. Tampoco detectamos, repito, presencia alguna.

—Muy raro —comentó, como para sí mismo, el capitán—. Pero no parecen peligrosas. ¿Emiten alguna señal?

—No se percibe, en todo caso.

—Y nos siguen, puesto que el buque sigue su marcha y las boyas trasparentes no se separan de nosotros... Bien, no creo que, por el momento, debamos alarmarnos. No obstante, hay que ejercer vigilancia sobre esas boyas. Si en algún momento observamos que pueden significar algún peligro, habrá que destruirlas.

El capitán devolvió los binoculares al oficial.

—¿Hay algo más, Randall?

—No, señor.

—Entonces, todo lo que podemos hacer es vigilar las boyas.

Cuestión de una hora más tarde, cuando el horizonte, visible a través de la portilla ya presentaba un fuerte tono rojizo, de sol de ocaso, el oficial Spencer se presentó de nuevo en el despacho del capitán.

—¿Qué pasa ahora? —Gruñó Traynor.

—Las esferas luminosas han desaparecido, señor —dijo—. O no nos siguen, o se han hundido. Como sea ya no las vemos.

—En ese caso, es mejor olvidarlo. Aunque quizá decida comunicar con nuestra base y tratar de averiguar algo al respecto. Pero puesto que han desaparecido, no hay peligro.

Era ya casi de noche cuando el capitán Traynor percibió bastante agitación en el pasillo. Se puso en pie y abrió la puerta. Al instante, descubrió aquel grupo de hombres de rostro descompuesto que avanzaban hacia él, caras pálidas, con una pátina de sudor, que brillaba a las luces del pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó tenso.

Spencer, tras abrir y cerrar varias veces la boca, casi gritó:

—¡Nos vamos a hundir!

Traynor palideció, a su vez.

—¿Qué es lo que pasa? —exclamó.

—¡Venga pronto! ¡Es incomprensible! El casco del buque parece que, de pronto, se pudre. Estamos tratando de controlar lo que ya son enormes vías de agua.

En aquel momento, se produjo un raro movimiento en el buque, con unos crujidos. Los hombres que estaban en el pasillo fueron lanzados contra un tabique, sin poder conservar el equilibrio. Y desde la puerta llegó una voz histérica:

—¡Estamos escorando...! ¡Nos hundimos!

El capitán Traynor, máximo responsable, tomó rápidamente la iniciativa, comenzando a dar órdenes.

—¡Todo el mundo a tratar de solucionar lo de las vías de agua! ¡Qué se preparen los botes salvavidas, por si fuesen necesarios y comuniquen por radio nuestra posición exacta, e indiquen lo que está ocurriendo! Lancen llamadas de Sos. ¡Usted, Spencer y Randall..., vengan conmigo! Muéstrenme lo que ocurre.

El barco se estaba hundiendo, escorando con mayor rapidez a cada segundo que transcurría. La locura entre la tripulación era notoria. Se comunicaba, se preparaban botes. Algunos hombres, ante las vías de agua, se veían impotentes, puesto que cada vez eran más amplias.

El capitán y los dos oficiales, empapados por las trombas de agua que penetraban con fuerza y por los puntos más inesperados, con nuevas vías de agua, con desgajamiento del casco, trataban de comprender. Madera, hierro, acero... Todo el duro material, convenientemente protegido, se estaba pudriendo, como había indicado Spencer.

No obstante, el capitán dio otra versión:

—Es corrosión —musitó—. El casco se corroe.

—Las boyas —susurró Spencer, palidísimo—. Las boyas, señor, estoy seguro. Creo que comprendo el movimiento giratorio. Verá, señor: es como un riego por aspersión. Las boyas giraban y... No sé. La corrosión no se produce sola. Veinte boyas girando y regando por aspersión...

Un nuevo agujero, corroído el casco del buque por aquella zona, permitió una nueva tromba de agua, que alcanzó de lleno a aquellos hombres, que fueron zarandeados, arrojados al suelo, cubiertos por

el agua que penetraba rápidamente.

Entre gran confusión, empapados, a gritos, trataban de huir de aquellos nuevos boquetes.

El barco se hundía ya y al parecer sin remisión. El fracaso era absoluto: imposible taponar las vías de agua de un casco corroído.

* * *

Aquel hombre parecía moverse con cierta cautela. Había dejado el auto en las inmediaciones de Pare Bon Repos, a orillas del Lago Lehman, en Ginebra. Sus pasos eran cautos, cruzando aquel sendero, acercándose a la Avenida de Francia, casi en el cruce con Rué de Lausanne. A sus espaldas, a oscuras, estaba el lago.

Antes de llegar al cruce, estaba la casa que le habían indicado. Se trataba de una pequeña villa, con una puntiaguda torre en el centro. El hombre estaba seguro de no equivocarse. Y mientras avanzaba, apretaba con fuerza el asa del maletín que llevaba en la mano izquierda. Su chaqueta iba abierta y, de vez en cuando, su mano derecha parecía acariciarse el costado izquierdo.

Llegó frente a la entrada, ante una verja de hierro, con señales de óxido, de descuido. La puerta chirrió un poco. El sendero con hojas de árbol ya secas, con el césped de las juntas de las baldosas muy crecido ya, nadie lo recortaba, era obvio. Y por fin, la casa, con aquella terracita frontal, a cuya izquierda había un surtidor seco. Vaciló, acarició la culata de la automática y, por fin, quedó ante la puerta de entrada a la villa. No se decidía a llamar. Entonces, uña voz llegó a sus oídos, procedente del micro instalado junto al llamador:

—La puerta está abierta. Entre. Y siga estas instrucciones: deje el maletín a la entrada, en el dintel de la puerta. Deje transcurrir un minuto en el centro del vestíbulo y luego busque el interruptor de la luz, situado frente a usted. Pase, seguidamente, al salón.

El hombre obedeció y cuando se hizo la luz, miró en torno. Un vestíbulo amplísimo, que ocupaba casi media planta de la villa, un hogar sin fuego, cuadros llenos de polvo en las paredes... Algo que le hizo esbozar una sonrisa fue el hecho de que el maletín había desaparecido del lugar en que lo dejara.

Decidió pasar al salón, donde tomó asiento y esperó. No tardó mucho en oír la misma voz de antes:

—Es cuestión de una corta espera, Zamyakin. Usted comprenderá perfectamente que debemos realizar ciertas comprobaciones.

—¿Me ven y me oyen? —inquirió el ruso.

—Desde luego. Está bajo objetivos de unas cámaras de televisión, Zamyakin. Ya lo habrá descubierto, supongo. Son precauciones indispensables por nuestra parte. Espero que lo comprenda. Le vemos bien, pues y le oímos perfectamente.

—Supongo que están comprobando la cantidad de dinero —dijo el ruso.

—No sólo la cantidad, también nos interesa la calidad.

—He cumplido el trato. El equivalente a diez millones de francos nuevos en libras esterlinas, marcos y dólares. Billetes legales, por supuesto.

No hubo respuesta, aquella vez. Transcurrieron irnos minutos en silencio. Y de nuevo, entonces, aquella voz:

—De acuerdo, Zamyakin. Comprobado. Nos sentimos satisfechos del desarrollo y del final de nuestra primera operación. Puede irse cuando guste. Quisiera, sin embargo, hacerle antes alguna observación. Por ejemplo: olvide esta villa. Jamás volveremos a utilizarla. Por lo demás ya sabe cómo debe entrar en contacto con nosotros, para nuevas operaciones. Sabe la clave a utilizar para el anuncio en el periódico: lo captaremos y empezaremos el nuevo trabajo. ¿De acuerdo?

—Lo estoy, hasta ahora. Y también satisfecho del primer contacto. Ni siquiera tiene demasiada importancia el hecho de que yo, de ustedes, no tengo el más remoto conocimiento. Sin embargo, quisiera plantear una cuestión. —Muy bien, le escucho.

—Ustedes, en cualquier momento, podrían ponerse en contacto con otras potencias. Se podría dar el caso de que el poder del que disponen se volviera contra mi país... ¿Comprende lo que quiero decir?

—Lo comprendo muy bien. Como un ejemplo práctico, usted, digamos, teme que nuestro próximo contacto sea con Estados Unidos, para realizar algún sabotaje contra Rusia.

—Exacto.

—No ocurrirá.

—Me alegra oírsele decir, pero..., ¿qué seguridad tenemos de

eso? —inquirió el ruso.

—En primer lugar, Zamyakin, nosotros tratamos de ponernos al servicio de un solo cliente. Es la forma más segura de conseguir una larga vida para nuestra organización. Ese cliente, es Rusia. Digamos también que, por cuestiones de orden técnico, tenemos ciertas limitaciones. No especificaré en qué consisten.

—No me ofrecen una garantía sólida, francamente.

—Lo siento, es todo lo que puedo decirle. Pero crean que ustedes disponen de una célula amiga, si bien autónoma e interesada. Es decir, que cobrará sus trabajos.

El ruso se puso en pie.

—Supongo que es inútil que sigamos hablando de esto —dijo.

—Por completo, Zamyakin. Confíe en nosotros y no olvide algo que es muy importante: ustedes son nuestros únicos clientes, es cierto, pero deben proporcionarnos el suficiente trabajo para que nos consideremos satisfechos. Es decir, que nos proporcionen volumen de negocio, como si fuésemos simplemente un proveedor comercial. Usted ya lo sabe: mínimo, una operación al mes.

—¿Todas tan caras? —rezongó el ruso.

—Eso dependerá de la importancia del asunto.

—Entiendo. Me gustaría preguntar algo más... ¿Ustedes no tienen en venta su poder? Rusia pasaría una elevada cantidad por...

—Lo siento, Zamyakin, pero ese poder es algo que nos reservamos. Ustedes serán los que disfrutarán de —sus ventajas, no obstante. Y eso ha de ser suficiente. ¿Alguna otra pregunta?

El ruso ya no se molestó en volver a despegar los labios. El, simplemente, había cumplido con aquella fácil misión: entregar una importante suma de dinero. Lo único que restaba era abandonar la villa y regresar a Moscú, para informar sobre el desarrollo de aquella entrevista con un interlocutor invisible.

CAPÍTULO PRIMERO

El atleta rubio fue admitido en silencio en aquel apartamento de la zona más elegante de Carmes. Ante la curiosidad con que lo miró el hombre que había abierto la puerta, se limitó a sonreír. Sabía muy bien que entre sus colegas de la CIA despertaba no poca curiosidad, e incluso admiración: por algo, él, Melvin Sinclair, estaba considerado como el hombre más capacitado, en la actualidad, dentro de los servicios americanos de espionaje y contraespionaje.

Fue conducido a un saloncito, donde esperaba otro hombre y una mujer. Al hombre ya lo conocía: se llamaba Marcel Mirabeau y era jefe de la CIA en París. Bajito, calvo, ojos azules. Un sujeto de apariencia insignificante, pero Melvin sabía perfectamente que la insignificancia de Paris, como se le conocía simplemente en clave, terminaba en su aspecto físico, que, por otra parte, era ideal para un espía.

La mujer no tenía absolutamente nada de insignificante. Era alta, tenía un cuerpo espléndido, bellissimo, con unas formas rotundas y elegantes a la vez, no groseramente provocativas, en modo alguno. Sus cabellos eran de un tono dorado oscuro que por un instante desconcertó a Melvin, sus ojos, eran grandes, hermosísimos, serenos, de una pureza que acabaron de desconcertar al mejor hombre de la CIA. Era elegante, discreta, especial, admirable su porte, su sosiego. Debía tener unos veinticinco años, como máximo.

—¿Qué tal, Melvin? —Se adelantó Paris, con la diestra tendida—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Aceptable, señor. Gracias.

—Lamento haberle arrancado de su agradable estancia en París, pero, como comprenderá, no ha sido por capricho.

—Naturalmente, señor.

Paris ofreció un cigarrillo a Melvin Sinclair y acto seguido hizo una seña al agente de la CIA, que había abierto la puerta. El hombre se apresuró a servir un *whisky* a Sinclair, que lo agradeció con un gesto. Estaba haciendo lo posible por no mirar a la bellísima muchacha y sabía perfectamente que su gran veteranía en el espionaje le estaba facilitando este pequeño triunfo de aparente indiferencia. Ocupó un sillón y se dedicó a beber, en silencio, esperando. Le habían hecho viajar a toda prisa desde París a Cannes, así que ya dirían qué querían de él, como en tantas y tantas ocasiones...

—¿Cómo van esos libros? —se interesó amablemente Paris.

Melvin lo miró apaciblemente.

—Muy bien, señor, gracias: continúo siendo uno de los novelistas más cotizados del mundo.

—Todavía no he leído su última novela —pareció disculparse Paris—, pero, en efecto, por las críticas que he leído, parece que una vez más ha dado usted en el clavo.

—Me parece que aún me falta bastante para el Nobel —sonrió Melvin Sinclair—, pero no me desanimo. Mientras tanto, mis experiencias personales en mis relaciones con los seres humanos están resultando muy provechosas. El ser humano es algo... sumamente interesante y conocerlo a fondo resulta apasionante.

—Sí, sí, estamos de acuerdo por completo. Y también debo decirle que la CIA, está siempre muy satisfecha con usted, Melvin. Francamente, disponer de un cerebro de primera categoría, que además puede viajar por todo el mundo sin que nadie se extrañe, no es desdeñable.

—Mientras nadie llegue a relacionar ciertos éxitos de la CIA con la... «casual» presencia del novelista Sinclair en el lugar de los hechos, todo irá bien —sonrió Melvin—. Pero, claro, en cuanto los demás servicios secretos lleguen a saber que el novelista Melvin Sinclair trabaja para la CIA, mi utilidad para ustedes habrá terminado. De todos modos, esto aún no ha llegado y, puesto que me ha hecho venir a Cannes, señor, debo interpretar que la CIA, está precisando de nuevo los servicios del... Bueno, llamémosle espía-novelista. ¿O quizá estaría mejor decir... novelista-espía?

—Supongo que da lo mismo —sonrió a su vez París—. Bien... En

efecto, Melvin, volvemos a necesitarle. ¿Ha oído usted algo referente a las desapariciones de dos barcos de pabellón americano? Uno de ellos era el Humboldt III y el otro...

—¿Me van a asignar este caso? —exclamó Melvin.

—Sí, en cierto modo. La verdad es que ya tenemos un agente trabajando en ello. La vamos a llamar...

—¿Es una mujer?

—Ah, sí... Sí, en efecto, es una mujer —dijo París, pero sin mirar siquiera a la que asistía en silencio a la conversación—. Como le decía, vamos a llamarla Cannes-Uno, a fin de, como siempre, evitar al máximo las complicaciones. No quiero aburrirle con explicaciones prolijas que, por otra parte, en nada habrían de ayudarle a usted. Solamente le diré que, por medio de algunas pistas casuales, conseguimos poner a Cannes-Uno detrás de la gente que parece involucrada en el asunto de esos misteriosos hundimientos... o desapariciones de barcos. Primero, la pista parecía apuntar hacia Ginebra, Suiza. Luego, derivó hacia Francia. Concretamente, hacia Cannes. Así que pusimos en movimiento a Cannes-Uno. Es una chica inteligente.

—Me alegro por ella —sonrió de nuevo Melvin Sinclair.

—Alegrémonos por todos —casi rió París—. Bueno, el hecho es que Cannes-Uno está integrada en la «jet society» de Cannes y parece que eso le ha sido de utilidad: ha conseguido unas cuantas perlas.

—Debe estar contenta: a las mujeres les gustan esas cosas.

—A Cannes-Uno no deben gustarle demasiado, cuando está dispuesta a desprenderse de ellas. Le pregunté dónde y cómo las había conseguido, pero, al parecer, cuando me llamó no estaba en situación de ser muy explícita... Dijo algunas vaguedades y todo lo que pude sacar en claro fue eso: que no podía ser explícita en aquel momento y que, tal como estaban las cosas, lo mejor era entrevistarnos, con el fin de entregarme las perlas, en una fiesta que van a dar esta misma noche en cierta quinta de Carmes. Así están las cosas.

—Ni usted ni yo nos vamos a extrañar por la actitud de esa chica, ¿verdad, señor? —deslizó Melvin—. Sabemos muy bien que en ocasiones tenemos que dejarnos llevar por la corriente un buen trecho, al menos.

—Exactamente. Bien, como es lógico, le dije a Cannes-Uno que esta noche iría a esa fiesta, pero luego, pensando, llegué a la conclusión de que quizá fuese una imprudencia tener contacto con ella, aunque fuese en una fiesta de cumpleaños. Puesto que Cannes-Uno me dio a entender perfectamente que había dificultades, le dije que no entrase en contacto directamente conmigo, sino con el hombre que saldría a pasear por el jardín, a las diez y media en punto, fumando un cigarro habano y vistiendo esmoquin blanco.

—Y ese hombre soy yo.

—Sí. Vamos a suponer que hay suerte y que no llega a ocurrir nada. Pues todos tan contentos. Pero le he hecho venir con tanta urgencia desde París porque si hay dificultades, usted es el hombre que mejor puede resolverlas en ese ambiente, sin... escándalo, con discreción absoluta. Por otra parte, Cannes-Uno confiará inmediatamente en usted ya que, como todo el mundo, le conoce físicamente, gracia a periódicos, revistas y demás publicaciones. Y, en fin, porque, suponiendo que Cannes-Uno ya haya sido atrapada y pretendan utilizarla como cebo en el jardín de esa quinta yo no caería en la trampa.

—¿Caería yo? —rió Melvin.

—¿Acaso no es una buena idea? —rió también Paris—. Sí un hombre como yo es cazado buscando a Cannes-Uno en ese jardín, las cosas se pondrían muy mal. Pero..., ¿quién va a pensar, ni remotamente, que Melvin Sinclair tenga nada que ver con la CIA?

—Su idea es buena, señor. Iré a esa fiesta. ¿Puedo ver alguna fotografía de Cannes-Uno?

Aún no había terminado Melvin de hablar cuando Paris le tendía ya varias fotografías. El novelista-espía estuvo examinando aquel rostro femenino desde varios ángulos y distancias y, por fin, devolvió todas las fotos, diciendo:

—Es una guapa chica.

—Sí. Esperemos que el lío en que se encuentra no sea demasiado grave. Aunque mucho me temo que mis esperanzas no sean fundadas. Esa muchacha debe estar ahora estrechamente vigilada y mucho sería que consiguiese acudir a la cita.

—Bueno, eso sólo lo sabremos en la fiesta, señor.

—Sí... Bien yo estaré allí, Melvin. Si todo va bien y ella le entrega unas cuantas perlas y luego desaparece sin novedad, todo lo

que tendrá que hacer usted, será entregarme acto seguido las perlas a mí.

—Si yo fuese más vanidoso, diría que el trabajo no es todo lo importante que justificaría este precipitado desplazamiento desde París de un agente de mi categoría. Pero, simplemente, entiendo que usted está utilizando al hombre adecuado en el sitio adecuado.

—Gracias por comprenderlo. Pero es que, además, si las cosas se complican, usted seguirá con el caso, Melvin.

—Esperemos que no se complique nada y que Cannes-Uno me conceda un baile esta noche..., después de entregarme esas perlas. ¿Dónde es la fiesta?

—En la villa de los Saint-Laurent.

—¡Oh, no! —gimió Melvin.

—Lo siento —rió Paris.

—Santo cielo, es cierto... La hija de los Saint-Laurent, la pequeña y dentada Nanou cumple hoy... dieciocho años, me parece. Sí... ¡Cómo pasa el tiempo! Espero que ello haya contribuido a que la pobrecita Nanou haya olvidado sus...

—¿Sus simpatías hacia el guapo novelista Melvin Sinclair?

—Así es. Aunque lo de guapo lo ha dicho usted, no yo.

—Todos sabemos muy bien que es usted un guapo tipo —rió el jefe de la CIA en París—. Y francamente, en cuanto a mí se refiere le tengo envidia, eso es todo.

—Es usted muy amable, señor.

—Bah, bah, bah... Es de cretino negar una verdad evidente. Mmmm... Bien, creo que podemos pasar ahora al segundo asunto del día. ¿Conoce usted, quizá, a la señorita Skelton? —señaló a la silenciosa escultura que tenía al lado.

—No he tenido ese placer hasta ahora —musitó Melvin.

—Bridget Skelton, agente de la CIA. No hace falta que le presente a usted, pues la señorita Skelton le conoce sobradamente por referencias. Pese a ello, se ha ofrecido voluntaria para este... cometido.

Melvin Sinclair, que se había levantado para estrechar la mano de la muchacha, miró interesado a Marcel Mirabeau.

—¿Qué cometido? —preguntó.

Todavía notaba en su mano el tibio contacto de la de Bridget Skelton. Una mano fina, delicada, suave, pero reveladora para

Melvin Sinclair: aquella manita podía prodigar la más suave de las caricias, pero, bajo su primer contacto sedoso, Melvin había percibido la dureza de quien practica karate, o cualquier otro deporte en el que las manos sean la «herramienta» más utilizada.

—Durante estos últimos años —murmuró París—, usted ha tenido varias secretarias, todas ellas muy bonitas. Entre esta cualidad y la circunstancia de que usted las relacionase con altas esferas sociales y económicas, se ha ido quedando sin secretaria una vez tras otra. Las chicas, es natural, comprendiendo que el novelista Sinclair era un hueso indigerible con respecto al matrimonio, acabaron por aceptar otras ofertas de perspectivas interesantes y se fueron casando con hombres ricos. Vez tras vez, usted se ha ido quedando sin secretaria.

—Lo que me ha proporcionado más de un quebradero de cabeza.

—Es natural. Nosotros, la CIA, hemos decidido intentar..., resolverle para siempre el problema: si le parece bien, la señorita Skelton será su secretaria a partir de ahora.

—No sé si entiendo muy bien, francamente —sonrió con exquisita cortesía el novelista.

—La señorita Skelton es de absoluta confianza, se lo aseguro. Quiero que entienda usted bien que en todo momento ella cumplirá a la perfección su cometido de secretaria. Pero, además, tiene dos ventajas que esperamos merezcan su pláceme. Una: considerando que una secretaria vive en gran intimidad mental con su jefe y conoce muy bien la vida de éste, vamos a evitar que, en determinado momento, usted quedase bajo el... control de un espionaje enemigo que hubiese descubierto su labor en la CIA, a este respecto, la señorita Skelton goza absolutamente de toda la confianza de la Central.

—Esa ventaja es evidente —admitió Melvin—. La acepto.

—Gracias. Dos: considerando que la señorita Skelton jamás aceptará proposiciones matrimoniales de nadie, usted se verá libre de esa especie de pesadilla que significa ir cambiando periódicamente de secretaria. Tendrá siempre la misma secretaria, de absoluta confianza, eficaz, dinámica, inteligente, atenta, discreta... y que, además, será un auxiliar perfecto para sus contactos con la CIA en cualquier parte del mundo en que se hallen ambos. La señorita Skelton, aparte de hablar varios idiomas, conoce

muy bien diversos sistemas y líneas de contacto en todo el mundo. Para resumir esto, Melvin: la CIA, pone al servicio de uno de sus mejores hombres en todo el mundo una persona que será eficaz, leal y segura en todo momento y para todo.

—¿Para todo? —sonrió Melvin.

—Para todo cuanto se relacione con el trabajo de usted como novelista o como agente secreto —sonrió también Paris—. Cualquier otro tipo de relaciones entre ustedes no es cuenta de la Central. Aunque..., me permito advertirle que la señorita Skelton es inmune a ciertos... acercamientos de tipo personal.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso? —Frunció el ceño Melvin.

—No hay el menor riesgo de que se enamore de nadie, por lo que usted no deberá temer ya jamás quedarse sin secretaria. La señorita Skelton no le dejará para casarse con un millonario, un duque, un actor, un campeón de automovilismo, o cualquier cosa parecida.

—¿Por qué no? ¿Cómo podemos estar seguros de eso?

—Lo estamos, eso es todo. Es un magnífico producto de nuestra mejor escuela de espionaje.

—Pero..., ¿no es frígida?

—No me he atrevido a hacerle esa pregunta a la señorita Skelton —se vio en apuros Paris para contener la risa—. Por el momento, lo que sí me he atrevido a hacer es reservarles una *suite* en el Majestic, donde están avisados de que el señor Melvin Sinclair llegará esta misma tarde con su secretaria. Naturalmente, si usted rechaza la colaboración de la señorita Skelton, ella regresará a Washington, donde le buscarán otro cometido acorde con sus muchas aptitudes.

—Una pregunta: si la señorita Skelton tiene tantas y tan buenas aptitudes..., ¿por qué no la lanzamos sola al mundo del espionaje, como agente independiente? Sería más útil que secundando a otro agente, ¿no?

—La propia señorita Skelton ha solicitado que antes de volar en solitario se le asigne un «maestro», a fin de ir aprendiendo en la práctica la verdad del espionaje. Se le sugirieron varios de esos «maestros» y ella le eligió a usted. Lo cual fue muy bien acogido en la Central.

—¿Por qué me escogió a mí, señorita Skelton? —La miró

Melvin.

—Siempre he tenido tendencia a escoger lo mejor —musitó ella.

Melvin Sinclair se quedó mirándola fijamente. Tal como era de esperar, Bridget Skelton tenía una voz hermosa, suave, melodiosa, bien cultivada. Una voz agradable, sedante.

—Espero no decepcionarla —musitó por fin Melvin, zanjando la cuestión—. Y puesto que vamos a vivir juntos prácticamente en todo momento, prescindamos de tratamientos y cualquier otra clase de formalidad. ¿Estás de acuerdo, Bridget?

—Por supuesto que sí, Melvin. Gracias.

—Les deseo suerte a los dos —musitó Paris—. Todo está preparado para que se instalen en el Majestic, así que... hasta luego, Melvin. Ah, Mark —miró al silencioso agente de la CIA—, baja el equipaje de la señorita Skelton al coche de Melvin, por favor.

—No hace falta —se ofreció Melvin Sinclair—: a partir de ahora, Bridget y yo empezamos a compenetrarnos, a no necesitar los servicios de terceras personas. Cuando quieras, nos vamos al hotel, Bridget.

CAPÍTULO II

—¿Te espero despierta? —preguntó Bridget.

El novelista-espía la miró con asombro.

—¿Esperarme? Creí que habías entendido que ibas a venir conmigo.

—Lo siento... No lo había entendido así, Melvin.

—Pues ya lo has entendido ahora. Ya me extrañaba que estuvieses todavía en bata, a la hora en que tenemos que marchamos.

—Estaré lista en seguida. De verdad lo siento... Pero es que no se me ocurre qué utilidad voy a tener yo en esa fiesta, francamente.

—Escucha bien, Bridget: mi secretaria tiene que estar siempre conmigo y a mi disposición. No es por despotismo, ni nada parecido, sino porque una secretaria que no conoce bien la vida de su jefe comete muchos errores. Simplemente, tú formas parte de mi vida con más intensidad que cualquier otra persona. Eres... como mi otro yo. ¿De acuerdo?

—Claro que sí. Te agradezco la confianza.

—Nada de flores uno al otro. Bien, ve a prepararte. Ponte un bonito vestido de noche, perfúmame... y todo el mundo dirá que Melvin Sinclair tiene la secretaria-chofer más atractiva del mundo.

—Eres muy amable. Concédeme sólo cinco minutos.

Bridget se alejó, hacia la puerta que separaba su dormitorio en la fastuosa *suite* que había ocupado en el Majestic el famoso novelista. Éste se quedó esperando un minuto tan sólo, con la mirada fija en la puerta de separación. Transcurrido el minuto, sonrió maliciosamente, fue hacia allá, abrió la puerta y entró en el aposento de Bridget Skelton.

Completamente desnuda ante el armario, la secretaria-chófer-

espía se volvió, tranquilamente y preguntó, con gesto amable:

—¿Has olvidado decirme algo?

—Me disponía a fumar un cigarrillo mientras te esperaba, pero he descubierto que se me han terminado. ¿Tienes tú?

—Desde luego.

Con perfecto aplomo, Bridget fue adonde había dejado su bolso y sacó un paquete de cigarrillos, que llevó a Melvin hasta la puerta, donde permanecía el novelista.

—Gracias. ¿Te enciendo uno? —ofreció Melvin.

—No. No me gusta fumar mientras me visto.

—Es una medida prudente. ¿Te importaría caminar un poco más, arriba y abajo?

—Claro que no —sonrió Bridget.

Comenzó a caminar, bajo la atenta mirada de Sinclair, que estaba comprobando sin lugar a dudas la perfección y suave elasticidad del bellissimo cuerpo. De pronto, preguntó:

—¿Eres virgen?

—¿Estoy obligada a contestar a eso?

—No. Es una pregunta particular. No contestes, si no quieres.

—Entonces, no quiero hacerlo, Melvin.

—Está bien. Por favor, no te muevas ahora.

Se acercó a ella, la abrazó por la cintura y la besó en los labios. Contra lo que esperaba, Bridget Skelton no se resistió. Más bien al contrario, correspondió con gran entusiasmo al beso, colgándose del cuello de él, devolviendo cumplidamente la caricia. Cuando las manos de Melvin ascendieron hacia su torso, Bridget emitió un gemidito y aún se apretó más contra el novelista.

El silencio era tal que Melvin Sinclair notaba el latir de su corazón, con terrible potencia. Deslizó una mano hacia la zona del de ella y lo notó también fuertemente lanzado a un ritmo de palpitaciones fuera de lo normal.

Por fin, la separó y la miró a los ojos, fijamente.

—¿Te has enfadado?

—Naturalmente que no —se sorprendió ella—. ¡Qué tontería! Ha sido muy agradable, sinceramente. ¿Deseas algo más de mí?

—Por ahora, no —musitó Melvin—. Quizá más tarde.

—Estoy a tu disposición a cualquier hora. Y..., no es que quiera eliminar esta situación, Melvin, pero quizá deberíamos

apresurarnos. Tenemos un trabajo que hacer. Quiero decir que tú tienes un trabajo que hacer.

—Así es —murmuró el novelista—. Eres muy hermosa, Bridget, de modo que no voy a cometer la tontería de decirte que te pongas muy guapa, pues no tengo la menor duda de que serás la mujer más espléndida de la fiesta.

—Gracias —sonrió cálidamente ella—. Terminó de vestirme en seguida..., si me sueltas.

Melvin Sinclair frunció simpáticamente el ceño. Luego, en lugar de soltar la cintura de la muchacha, la apretó de nuevo contra sí y volvió a besarla. La respuesta fue idéntica a la anterior. Cuando otra vez se separaron, Sinclair miró hacia la cama y murmuró:

—Es una lástima que esta noche tengamos trabajo, ¿verdad?

—Sí —suspiró Bridget—. Es una lástima. Esperemos al menos, que sea una fiesta agradable.

A decir verdad, la fiesta era agradable, en efecto. Los Saint-Laurent no eran propiamente de la «jet society», pero, poco a poco, habían logrado ir introduciéndose en ésta y en la actualidad estaban bastante bien considerados.

La presencia inesperada del famoso novelista Melvin Sinclair fue, en realidad, el broche de oro de la fiesta en honor de Nanou Saint-Laurent, la jovencita que cumplía aquel día dieciocho años. Nanou era una muchacha preciosa, pero, como es bien sabido que no hay nada perfecto en el mundo, ella seguía la regla ostentando la posesión de unos formidables dientes bastante salidos, que le daban el gracioso aire de un simpático conejito sonriente. Por lo demás, el cuerpo de Nanou no tenía objeción alguna: hermosas líneas, senos erguidos y bien henchidos, piel sedosa, largos cabellos rubios... Era una linda muñequita, sin duda alguna.

Una muñequita que, en cuanto vio aparecer a Melvin Sinclair, perdió de vista el resto del mundo. Tiempo atrás, los Saint-Laurent habían conocido a Sinclair en Montecarlo, en una noche de juego apoteósica para el novelista, que se marchó del Casino con una ganancia de más de trescientos mil francos. En aquellas fechas, Nanou tenía todavía más dientes que pecho. En la actualidad, las proporciones habían cambiado asombrosamente y ella se esforzaba en que Melvin se percatase de ello.

—¿Te gusta mi vestido? —preguntaba en aquel momento, con

una copa de champaña en la mano—. ¿Te gusta, Melvin?

La pregunta estaba hecha con pícara corrección y el veterano trotamundos siguió el juego alegremente:

—Me gusta muchísimo, Nanou, pero, a decir verdad, hay cosas que me gustan muchísimo más que tu vestido... Cosas tuyas, naturalmente.

—¿Cosas mías? —Hinchó un poco más el seno Nanou—. ¿A qué te refieres?

—¿Sabes una cosa? —se despistó él—: estaba en París atendiendo un pequeño asunto profesional cuando, de pronto, recordé que era el cumpleaños de la pequeña Nanou, así que llamé a mi secretaria, que estaba en Niza con el coche que utilizo en Europa y le dije: «Bridget, querida, voy a salir inmediatamente para Cannes, de modo que ve a esperarme allá con el coche, al hotel Majestic y prepara mi ropero para que, en cuanto llegue, todo esté listo para ir a felicitar a mi pequeña Nanou... Tengo la esperanza de que me aceptará en su fiesta...».

—¡Claro que te acepto! Pero... el año pasado, no viniste, Melvin.

—El año pasado, el año pasado... Oh, sí. Recuerdo perfectamente que el año pasado por estas fechas estaba en Tahití, terminando mi novela Una vez en la vida... Por cierto: ¿la has leído?

—¡Qué cosas tienes...! ¡Claro que la he leído! Me pareció maravillosa, porque los personajes que... ¡Melvin! Me estás hablando de tus libros para no contestar a mi pregunta... ¿Qué cosas mías te gustan más que mi vestido?

—Esto... ¿Dieciocho años ya...? Sí, puedo decírtelo, desde luego. Pues, querida pequeña Nanou, más que tu vestido me gustas tú misma. Tu cuerpo, para ser exacto y concreto... Espero no molestarte con mi franqueza al hablar.

—¿Molestarme? —Emitió un grito Nanou—. ¡Pero Melvin, si lo que yo más deseo...!

—Nanou, querida, perdona un momento: veo a Bridget que me está mirando muy fijamente, lo que me hace comprender que debo atender algo urgente. Vuelvo en seguida. ¿Me esperas aquí?

—Oh, sí... ¡Sí, sí, sí!

—Hasta ahora, pequeña tigresa.

—¡Oh! ¡Ooooohhh...!

Melvin Sinclair se alejó de la muchacha, abriéndose paso por entre el resto de los invitados, todos los cuales ya fuese personalmente, o por referencias múltiples, o por haber sido presentados precisamente no hacía mucho, conocían al famoso novelista. El camino hasta Bridget no fue fácil, pero Melvin era demasiado hábil para dejarse atrapar en una conversación que, por otra parte, se sabía de memoria: «Pero, señor Sinclair..., ¿cómo se le pueden ocurrir a usted esas cosas para sus libros? ¿Son experiencias personales? ¿Cómo se inspira usted? Oh, debe ser usted una persona de gran sensibilidad para escribir cosas como Nunca muere, siempre vida... ¡Cómo lloré al leer esa novela, Santo Dios, cómo lloré!...».

—¿Qué ocurre, Bridget? —preguntó al llegar ante su secretaria.

—No pretendo molestarte, Melvin, pero son las diez y veinticinco.

—No seas tonta: claro que no me molestas. Pero, ciertamente, sabía muy bien la hora. De todos modos, gracias. Parece que nuestro buen Paris se está divirtiendo en la fiesta, ¿verdad?

—Yo diría que tú tampoco lo estás pasando mal —sonrió Bridget.

—Son puntos de vista. Aunque admito que Nanou me ha sorprendido... Está hecha todo un objeto de arte, ¿no te parece?

—Oh, sí... Pero hay algo que me tiene intrigada respecto a ella. La dentadura..., ¿es suya o prestada?

—Vamos, Bridget, no hay que ser cruel. Precisamente, Nanou estaba esforzándose en convencerme de que tiene más pecho que dientes.

—Eso también es cierto —admitió Bridget—. Juzgando las posibilidades de esa chica, un hombre, tiene que pasarlo magníficamente: mientras con una mano toca el piano en sus dientes, con la otra puede perseguir objetivos más tiernos y palpitantes..., que son muy fáciles de encontrar.

—Santo cielo —se aterrorizó cómicamente el novelista-espía—. ¡No quisiera ser objeto de la mordacidad de tu lengua, querida! Bien, está pasando el tiempo, así que voy a dar una vuelta por el jardín. No te distraigas.

—Entendido.

Melvin Sinclair se las arregló también perfectamente para salir

al jardín sin ser detectado por admiradores ocasionales o viejos amigos de sus anteriores andanzas por Europa. Cuando comenzó a caminar por el sendero florido faltaba un minuto para las diez y media. Había lima y estrellas, pero, a ambos lados del espía, los arbustos creaban sombras sin fin y las luces de la casa iban quedando atrás...

—Sin... clair —oyó de pronto el jadeo—. ¡Señor Sinclair!

Con la velocidad de una cobra, el novelista volvió la cabeza hacia aquellos arbustos, sobresaltado. Vislumbró una mancha algo más clara y sin vacilar apartó los ramajes y se acercó a ella. Distinguió ya perfectamente la silueta femenina.

—¿Cannes-Uno? —susurró.

—Sí... Sí, sí... Tiene... tiene que sacarme de aquí... en seguida, Sinclair...

La mujer cayó en brazos de Sinclair y éste la sujetó rápidamente por la cintura, comenzando a preguntar:

—¿Qué le ocur...?

Se calló bruscamente, al notar en una de sus manos, pegajosa y caliente, la sangre que brotaba de la espalda de Cannes-Uno.

—Las perlas —jadeaba ella—. ¡He tenido que... que tragarme las... las perlas...!

—Cálmese. Las perlas no son lo más importante ahora. París está en la fiesta, de modo que voy a avisarle de lo que ocurre y él se la llevará a lugar seguro, donde la atenderán. La dejaré tendida en...

Al fino oído del novelista-espía llegó el rumor de alguien que se acercaba. Su vacilación no duró ni siquiera un segundo. Abrazó mejor a Cannes-Uno y buscó la boca de la muchacha en la oscuridad, volviendo un poco la cabeza. Entrecerró los ojos cuando vio que los arbustos se apartaban suavemente, lentamente... Con luz de luna por detrás, apareció la cabeza de Nanou Saint-Laurent y sus ojos brillaron en la semioscuridad. Melvin Sinclair acabó de cerrar los ojos y comenzó a maldecir mentalmente a la dentuda y pechugona jovencita...

De nuevo oyó el rumor de los arbustos y volvió a entreabrir los ojos. Nanou ya no estaba allí. Apartándose un poco ya separado de Cannes-Uno, miró entre los arbustos hacia el sendero y vio a Nanou alejándose.

Tras un suspiro de alivio, miró al rostro a Cannes-Uno.

—Ya no hay peligro. Era la hija de los...

Se quedó mirando los ojos de Cannes-Uno, abiertos, fijos, relucientes. Una fría sacudida estremeció el cuerpo de Melvin Sinclair. Había visto los suficientes cadáveres en su vida para saber a qué atenerse con Cannes-Uno..., para saber que ya nadie podría hacer nada por ella. Al menos, en esta vida.

La depositó en el suelo, se limpió la sangre de las manos en el vestido de Cannes-Uno y emprendió rápidamente el regreso al gran salón, con la esperanza de que nadie reparase excesivamente en la palidez que él percibía perfectamente, aquel frío revelador en sus facciones...

No vio a Bridget en el salón, pero sí a Paris y, sin grandes contemplaciones y esquivando algunos acercamientos presentidos, se acercó al jefe de la CIA en París, que le recibió con simpática sonrisa, tendiendo la mano.

—¡Ah, señor Sinclair, por fin puedo saludarle! Hacía tiempo que no coincidíamos en ninguna fiesta... ¿Cómo le va?

—Han matado a Cannes-Uno —aceptó Sinclair la mano de Paris, sonriendo magistralmente—. Está afuera, en el jardín, a la izquierda del sendero, a unos quince metros del surtidor.

—Comprendido —casi rió Paris—. ¿Qué sugiere?

—Tenemos que llevarla al chalé de Montfleury, porque se ha tragado las perlas que nos tenía ofrecidas, así que habrá que... sacarlas de su cuerpo.

—Por supuesto —sonreía ahora divertidísimo Paris—. ¿Sabe si la han seguido hasta aquí, o si ha llegado herida pero después de despistar a quienes le han disparado?

—No tengo la menor idea. Pero sí sé que no debe usted perder ni un segundo. ¿Se encarga de eso?

—Por supuesto.

Se despidieron con el gesto y la sonrisa de dos viejos conocidos que han cambiado saludos banales y bromas ya conocidas. Paris desapareció hacia el jardín, muy discretamente, pero Melvin Sinclair volvió a caer en la trampa que representaba la insistente Nanou Saint-Laurent, que se aferró con tremenda energía a uno de sus brazos.

—Asqueroso —jadeó—. ¡Asqueroso embustero! ¡Me parecía que habías venido realmente por mí y te he visto en el jardín con otra

mujer...! ¡No lo niegues, te he visto perfectamente...!

—Ssst... Por favor, Nanou, pueden oírte...

—Me has mentido —bajó ella la voz, rabiosa—. ¡Te has querido burlar de mí y eso...!

—Estás equivocada, Nanou... Déjame que te explique... Precisamente, lo que has visto está relacionado contigo.

—¿Conmigo? —Abrió mucho los ojos la muchacha—. ¡Esto sí que...!

—Déjame explicarte... Seguramente, has reconocido a la dama, ¿no es así? Hace tiempo que ella y yo somos amantes, pero... Bueno, hace poco le dije que todo había terminado y ella... se resistió a aceptarlo. Esta noche, al verte a ti, mi decisión ha sido más firme todavía, pero ella nos ha visto hablando y... Bien, me ha pedido que nos encontrásemos en el jardín y allí, se ha echado en mis brazos...

—¡De eso sí que estoy segura!

—Puedes creer todo lo que te digo... Más que nunca, esta noche, he querido romper definitivamente con ella.

—¿Por mí? —Se hinchó prodigiosamente en un suspiro el fascinante busto de Nanou.

—¿Por quién, si no?

—Melvin... ya no soy una niña. Soy... una mujer y sé lo que quiero y me gusta conseguirlo. Si me estás engañando, gritaré que tú y una de las invitadas... ¡Lo diré todo de tal modo que el marido de ella sabrá... sabrá por qué su mujer salió al jardín en determinado momento...!

—Nanou, no compliques las cosas, por favor. Me parece que hasta has bebido un poquito de más... ¿Puedo pedirte algo? Sé buena chica, procura no beber más y en cuanto puedas te retiras a tu habitación...

—Buena idea... ¡Te espero allí!

—Bueno, es que...

—¡Te espero allí!

Melvin Sinclair sonrió apaciguadoramente.

—Está bien, Nanou.

—¿De verdad vas... vas a venir?

—De verdad, pero eso será un poco más tarde. Tú tienes que atender a tus invitados y yo quisiera terminar este asunto con... con

ella. ¿De acuerdo?

—Si no vienes...

—Vendré. Hasta luego, cariño.

Melvin Sinclair se dirigió de nuevo al jardín. En pocos segundos, llegó al «Jaguar», ocupando el asiento de atrás. Ni siquiera habían transcurrido diez segundos cuando llegó Bridget y se sentó ante el volante.

—Salgamos de aquí inmediatamente, Bridget. ¿Has visto a París?

—Sí. Se han llevado a Cannes-Uno. ¿Vamos a Montfleury?

Melvin asintió y comenzó a explicarle a Bridget lo sucedido, mientras ésta conducía ya el coche hacia la salida de la quinta de los Saint-Laurent...

* * *

El auto que conducía París ascendía con rapidez por el difícil camino.

El hombre, muy atento a la carretera, con las luces largas, descubriendo los obstáculos, tomaba las curvas haciendo chirriar las ruedas. Iba solo en el auto, en los asientos, al menos. Su mente parecía sentir repugnancia hacia cierta idea, que le tenía absorto. Una autopsia no era, precisamente, un final de fiesta feliz. Pero, además de un «bon vivant», Marcel Mirabeau era un enlace de la CIA, en París. Jefe de la red en París. Y eso tenía sus problemas...

Tan absorto estaba en sus pensamientos, que descubrió, quizá un poco tarde, que era seguido por un auto de oscura carrocería.

Para comprobar si era seguido, aceleró más, para, casi con brusquedad, detener la marcha al tomar una curva, en espera de ser adelantado. No obstante, el coche perseguidor frenó casi bruscamente, para evitar el choque.

A continuación, descubierta la maniobra, alguien que iba en el auto perseguidor asomó una mano armada por la ventanilla.

La noche, en la tranquila zona, alteró su color, el oscuro se convirtió, a tiras, en cárdeno, rojo amarillento... Sonaban aquellos taponazos y el auto conducido por París empezó a derrapar, a realizar raras maniobras, de derecha a izquierda de la carretera.

Un disparo más certero le alcanzó en un neumático y el auto, sin control, se perdió, de pronto, en el vacío.

—¡Frena! —ordenó alguien, secamente, en el interior del otro

coche.

Chirriaron los frenos y, de inmediato, dos hombres saltaron a la carretera, para asomarse al borde del barranco. Quedaron inmóviles, buscando con la mirada. No era demasiado profundo y pudieron ver el auto, retorcido, deshecho, entre rocas, sin que se viera a nadie junto al vehículo estrellado.

—¿Qué hacemos? —inquirió uno de los dos hombres.

—Por supuesto, nada hemos conseguido si dejamos las cosas como están. Hemos de recuperar las perlas.

—Iba solo en el auto, Hazard.

—Aparentemente. Hay que descender.

—¿Por aquí? ¿Y dejamos el auto en la carretera?

Hazard reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Busca un lugar donde dejar el coche y regresa. Hemos de encontrar esas perlas. Las tenía aquella mujer, ha podido entregarlas a ese tipo, tiene que ser así. Date prisa. Mientras, voy descendiendo.

Jean Duhamel obedeció la orden de Hazard. Fue hacia el auto y lo puso en marcha, en busca de un arcén, o una cuneta lo suficientemente amplia. En tanto, Hazard descendía por el barranco, con sumo cuidado. Tardó poco más de dos minutos en llegar junto al auto destrozado por la caída. Realizó los primeros exámenes, comprobando que el conductor vivía.

Miró entonces hacia arriba y vio a Duhamel, al que hizo señas para que bajara. Cuando Duhamel estuvo a su lado, dijo:

—Ayúdame. Este hombre vive. Le sacaremos de ahí y le interrogaremos si recobra el conocimiento. Mientras yo le interrogo, tú registra a fondo el auto. ¿Comprendido?

Hazard y Duhamel se pusieron manos a la obra. No fue fácil sacar a París de entre los retorcidos hierros, tenía el rostro lleno de sangre, una pierna fracturada y el tórax dañado por el golpe. En sí, tal vez las heridas no fuesen demasiado graves, a menos que hubiese algún destrozo interno.

Hazard se dedicó a registrar a París, mientras Duhamel se ocupaba del auto, registrando todo el interior. Lo último, fue el portamaletas. Y a la luz ambiente, resultaba trágica la visión de aquella muñeca encogida, sin vida, metida en el maletero con cierta urgencia.

—¡Hazard!

Hazard se acercó a él. En seguida vio a Cannes y la señaló.

—Sácala de ahí. La registraremos también.

Entre ambos, sacaron el cadáver de la espía y la depositaron en tierra, junto a París. Ambos reanudaron el registro, sin hallar lo que buscaban. Ello, naturalmente, les ponía nerviosos y, perdida la consideración, rasgaban ropas, miraban forros...

—No está aquí... ¡No lo tienen! —masculló Duhamel.

—Empiezo a sospechar que en esa fiesta había algún otro agente de la CIA, o algún enlace. Parece lógico pensar que le entregara el mensaje a este hombre, pero si no lo tiene... Sin embargo, se me ocurre que uno de los dos ha podido tragarse las perlas: no sería ninguna proeza.

—¿Y si así fuese? —inquirió Duhamel.

—Ante la duda, vamos a actuar con ambos. Los trasladaremos al auto. Ayúdame. Prenderemos fuego al coche y de este modo estaremos seguros de que si las perlas, el mensaje, está aquí, jamás nadie lo encontrará. Creo que acabo de idear el mejor sistema.

Agarraron primero a la muerta, para meterla, como pudieron, en el auto. Cuando le tocaba el turno a París, que seguía con vida, pero inconsciente, Duhamel inquirió:

—¿Y si hubiese un tercero, Hazard?

—¿Crees tanto despliegue en la CIA?

—Desde luego. El asunto es muy importante para ellos. Supongo que en eso estamos completamente de acuerdo.

—Sí... Justifica el movimiento de un grupo de agentes o enlaces, es cierto. Y lo que se me ocurre es que deberíamos averiguar qué personas han asistido a esa fiesta. Luego, por eliminación, quedarnos con algunas personas a las que habrá que vigilar, por si sus movimientos resultan sospechosos. Ya sé que es laborioso, pero, es cierto, no podemos correr riesgos.

Duhamel, furioso, miró a París.

—Podríamos hacer hablar a este hombre.

—No sé. Dudo de que se recobre. Sería necesaria una atención médica urgente. Pero tienes razón: prenderemos fuego al auto con la mujer y nos llevaremos al hombre.

CAPÍTULO III

Sonó la voz de Melvin:

—Para, Bridget.

El «Jaguar», suavemente, se detuvo, arrimándose a la cuneta. Melvin se apeó, para acercarse a aquel vehículo oscuro detenido allí, dio una vuelta al auto, posando la palma en diversos puntos del vehículo, hasta que se volvió hacia Bridget, que estaba junto a él, en silencio.

—Está caliente. Rodaba hace poco. Sus ocupantes deben estar cerca y sospecho que las cosas no marchan del todo bien. Atiende: toma un control electrónico y aplícalo a este coche. Aléjate con el «Jaguar» lo suficiente y los sigues a distancia. El control te lo permitirá de sobra. ¿Comprendido?

—Colocar el control y seguirles a distancia, hasta localizarles. ¿Y luego?

—Me esperas en las proximidades del Majestic.

—Muy bien.

Bridget fue en busca del control, descubriendo la trampilla del suelo del «Jaguar», donde había un pequeño arsenal, perfectamente seleccionado. Melvin dejó que Bridget se fuese con el control y él se dedicó a la elección de tres piezas que consideró indispensables. Antes de que Bridget regresara al «Jaguar», Melvin ya había desaparecido.

Oyó, no obstante, el rumor del motor del «Jaguar», alejándose.

Entonces, moviéndose por el borde de la carretera que daba al barranco, buscando puntos de apoyo en los que detenerse para observar, tomó el catalejo de luz ultravioleta, que le permitía ver Con nítidos contornos blancos a bastante distancia. No le interesaban los objetos inmóviles, claro está. De ahí que se tensara

cuando observó movimiento, a poca distancia de allí: se movían unas figuras humanas.

Inició el descenso, cuidadosamente, hasta que la distancia le permitió observar aquellas figuras sin necesidad del catalejo de ultravioleta, que plegó y dejó en un bolsillo de su esmoquin.

Ya distinguía a aquellos hombres. Vio que apretujaban a Carmes, metiéndola en el interior del auto, luego, arrastraron un poco a París, para regresar junto al auto. A los dos segundos, Melvin comprendió lo que iban a hacer: quemar el coche.

Melvin extrajo una pistola automática del bolsillo, una pistola especial, con silenciador y un material que absorbía los gases. No se produciría ruido alguno, ni llamarada. Apuntó con cuidado al hombre que se preparaba a incendiar el auto.

Por fin, apretó el gatillo.

Ni un sonido, ni una llamarada.

La muerte, silenciosa, salió en dirección al cuello de Duhamel. El impacto le hizo retroceder un paso. Ni siquiera pudo ya recuperar el equilibrio, puesto que había muerto, fulminado, apenas tuvo tiempo de llevarse las dos manos al cuello y rodar barranco abajo.

Melvin había realizado la primera parte de su plan. La segunda consistía en permanecer inmóvil y dar toda clase de facilidades al otro hombre para que huyese de allí. Melvin permanecía estático, con la mirada atenta a los movimientos de Hazard, qué estaba muy desconcertado y huía, automática en mano. Retrocedía, miraba, buscaba... No comprendía lo que estaba ocurriendo, evidentemente. Pero inició el ascenso, a toda prisa, agazapándose.

Melvin no se movió hasta que el sujeto alcanzó la carretera. Sólo entonces y aún con cuidado, siempre atento a lo que pudiera ocurrir arriba, se acercó al coche.

Echó un vistazo al interior, pero optó, en primer lugar, por cerciorarse de lo ocurrido con París. Fue a su lado y se inclinó junto a él. Observó que vivía, pero era muy dudoso que su vida se alargase más de diez minutos y todavía más dudoso era que recobrase el conocimiento.

Melvin actuó con toda frialdad, con cálculo. Se dirigió de nuevo al auto y sacó a Cannes. La arrastró un poco, hacia unas rocas planas, donde dejó el cadáver. De un bolsillo extrajo una bolsita y del interior de ésta, muy plegados, unos guantes finísimos, que se

puso rápidamente, guantes de manguitos largos hasta el codo. Por último, extrajo un fino y cortante instrumento, que desplegó.

Sin la menor vacilación, sólo atento a su trabajo, ignorando cualquier sentimiento personal, Melvin dejó al descubierto el vientre de Cannes y parte del tórax. Sus conocimientos anatómicos hicieron el resto..., con la ayuda del instrumento cortante, claro está...

* * *

Media hora más tarde, Melvin esperaba en Boulevard La Croisette, cerca de la entrada del Majestic, que ofrecía ya un plácido aspecto, un ambiente calmo, avanzada la madrugada. Aún tuvo que esperar unos minutos antes de ver llegar, a reducida velocidad, el «Jaguar» conducido por Bridget.

Se metió en el auto, que siguió su camino al *parking* privado del Majestic. Bridget miraba de soslayo a Melvin, pero no consiguió adivinar en absoluto lo ocurrido. Melvin estaba encendiendo un cigarrillo cuando Bridget inquirió, por fin:

—¿Qué pasó allá arriba?

—Han matado a París, también. He tenido que utilizar la radio que lleva camuflada en su coche para avisar a su ayudante, un viejo conocido llamado Phil, que esperaba en Montfleury, en el chalé que ha sido destinado como base nuestra para esta operación. Phil se hará cargo de París y de Cannes-Uno y, por el momento, quedará a nuestra disposición, pues parece que las cosas se están complicando... ¿Pudiste seguir al hombre que dejamos escapar?

—Desde luego. Fue sencillo. El auto llegó a la cima, rodeó Col St.-Antoine y siguió en dirección al mar. Dejé que se perdiera y acabé por localizarlo en una villa, al final de Roi Albert, junto a la playa. Estuve observando la villa, pero no parecía haber nada especialmente interesante, así que opté por regresar.

—Está bien así.

Poco después, tras dejar el coche en el estacionamiento del hotel, llegaban con el ascensor a la segunda planta del hotel. De allí, a la magnífica *suite*, la 220.

—¿Vas a trabajar? —inquirió Bridget.

—Desde luego.

—¿Solicitarás algún nuevo contacto?

—En modo alguno. Ya han muerto dos. Resolveré esto por mis propios medios.

—Si me necesitas...

—Ve a descansar. Buenas noches, Bridget.

Bridget desapareció hacia su habitación y Melvin, despreciando las magníficas vistas, la comodidad de la *suite* principal y sin tan siquiera cambiarse de ropa, fue hacia el amplísimo cuarto de baño, con bañera color malva, circular, con espuma controlada de modo automático.

Ni espuma, ni perfumes, ni más agua que un chorro caliente, que cayó sobre sus manos enguantadas de nuevo, con guantes enrojecidos por la sangre. Y entre sus manos, media docena de perlas adquirirían su color normal, limpias de sangre y adherencias, bajo el chorro de agua.

Todo limpio, Melvin fue hacia el pequeño y lujoso despacho habilitado en la *suite*. Se encerró allí, dejó las seis perlas sobre la mesa, extrajo el catalejo de ultravioleta, con emisión de rayos con sólo hacer girar el disco de la lente y perdió la noción de todo lo que no fuese el examen interno, bombardeando con rayos ultravioleta, de aquellas perlas.

* * *

Eran más de las ocho de la mañana cuando Bridget llamó con los nudillos en la puerta del despacho.

—Pasa, Bridget.

Ésta entró y su mirada recorrió el rostro de Melvin Sinclair. Aquel rostro viril, bronceado, aparecía fresco, en plenitud de energía, tan sólo las colillas en el cenicero hicieron preguntar a Bridget:

—¿No has dormido?

—Tenía trabajo.

—¿Has solucionado algo?

—Espero que sí, pero tendré que confirmarlo. Anota.

Bridget se sentó ya preparada y musitó:

—Cuando quieras.

—Un nombre: Falgade, Longitud: Éste, 38 grados y veinte minutos. Latitud: Norte, 35 y once. Hora: 18 y diez minutos. Día: 21 de mayo. Destino: Dakar. ¿Lista?

—Sí. ¿Qué significa esto?

—Cada dato estaba contenido en una de las perlas. Creo haber interpretado bien el significado, pero habrás de comprobar si un buque denominado Falgade, de nuestro pabellón, por supuesto, se encontrará, a la hora y en el día indicados, en la latitud y longitud que cito. Además, que confirmen si el rumbo es Dakar. Imagino que sí, pero quiero tener la absoluta certeza. Todos estos datos, por otra parte, han llegado desde Estados Unidos, por lo que sólo puedo llegar a una conclusión: la organización que persigo tiene enlaces allí y emplean medios sumamente discretos para comunicarse. Sólo gracias a la labor de Cannes-Uno estamos al corriente de sus intenciones. Por lo demás..., no me molestaría en lo más mínimo que desistieran de atacar a ese buque.

—Quizá lo dejen en paz, puesto que no han recuperado el mensaje.

—Ojalá. Otra cosa: busca en el listín telefónico el nombre del propietario de la villa a la que fue a parar anoche nuestro hombre. Me basta con ese dato.

—¿Y el mensaje?

—Ocúpate de su expedición y de recoger la respuesta.

—Bien.

En aquel momento, sonó el teléfono. Sinclair hizo un gesto y Bridget atendió la llamada.

—*Suite* del señor Sinclair.

—¡Quiero hablar con Melvin!

Fue una voz rabiosa, contenida, tensa. Y femenina, claro.

—Lo siento. El señor Sinclair está descansando.

Melvin alargó la mano y Bridget depositó en ella el teléfono. La voz del espía sonó meliflua, sin energía, sin virilidad, casi:

—Nanou, muñeca mía...

—Melvin... ¿Cómo sabes que soy yo?

—Sueños convertidos en realidad. Quiero pedirte perdón por lo de anoche, Nanou. Tuve que marcharme, de veras.

—¡Eres cruel conmigo! ¿Por qué lo hiciste?

—Te aseguro que no podía hacer otra cosa.

—¡No te creo! ¡No soy una estúpida! Ahora, Melvin, escucha esto: Quiero verte esta mañana. Dentro de una hora, en la villa. Y tú y yo, a solas, iremos a dar un paseo en lancha. Iremos a alta mar.

Iremos adonde yo diga, sin que nadie nos moleste. O eso, o sabrá todo el mundo tu secreto. Elige.

—Estaré en la villa dentro de una hora, querida.

—Muy bien. Te espero.

Melvin, aun sonriendo, murmuró, tras colgar el auricular:

—No busques nada en el listín, Bridget. Pero el mensaje es urgente. Prepáralo. Ya conoces la clave a emplear.

—Desde luego. ¿Te vas?

—Me chantajea —dijo Melvin, mientras caminaba hacia la puerta.

Desapareció, dejando a Bridget sumida en la tarea de cifrar el mensaje. Por su parte, Melvin se metió en la bañera circular, color malva y abrió el grifo de agua fría, poniendo el pulverizador, de modo que instantes más tarde aquel cuerpo bronceado, de músculos alargados, elásticos, se encontraba bajo el impacto de multitud de chorritos de agua fresca, que estimulaban el organismo.

Fueron diez minutos de ducha fría. Un cuarto de hora más tarde, Melvin Sinclair abandonaba la *suite*. Atuendo deportivo, claro: pantalón blanco, camisa color vino, pañuelo al cuello, zapatos blancos... Perfecto. Como un maniquí.

* * *

La muchacha ardía bajo el sol. Su piel, suavemente bronceada, tenía tersura y brillo, normal, a los dieciocho años. Como también podía ser considerado normal su apasionamiento. No obstante, Melvin tenía sus escrúpulos, su propio código en ciertas cuestiones. Por tanto, utilizar a Nanou, sí, hacerle algún daño, no.

Por supuesto, la utilizaba. Nanou se mostraba ciega a todo lo que no fuese la presencia de aquel atractivo atleta a su lado. Cuando se besaban, Nanou cerraba los ojos, se evadía de este brutal mundo y Melvin aprovechaba entonces para manipular con su micro-cámara, tomando fotografías que esperaba le resultarían útiles.

Durante los besos y otras pausas que se tomaba Nanou para respirar, el agente de la CIA había tomado ya una buena colección de fotos, que al ser ampliadas podrían revelar detalles que, en aquellos momentos, a simple vista, él no captaba.

La lancha, en su paseo, entre estelas de espuma, sobre el mar

azul, se balanceaba con un movimiento dulce. Nanou, de espaldas al sol en aquellos momentos, tostándose, no veía las manipulaciones de Melvin, quien consideró suficientes las tomas realizadas.

Se sentó junto a ella, le alzó un poco el rostro y le puso entre los labios uno de los dos cigarrillos que había encendido. Nanou le miró con agradecimiento.

—¿Te aburres a mí lado? —susurró.

Melvin sonrió.

—No digas eso, muñequita.

—Melvin, te he mentido: no descubriría tu secreto. De veras. Es que quería estar a tu lado... ¿Lo comprendes?

Ella se había incorporado y Melvin colocó correctamente la pieza superior del bikini, que ella había soltado por la espalda, al tenderse a tomar el sol. Ardió una chispa en los ojos de Nanou, al ser rozada por Melvin, pero éste, de inmediato, fue a lo suyo.

—Estamos frente a una bonita villa —dijo, señalando con un gesto el pequeño embarcadero que tenían enfrente, a unas ciento cincuenta yardas.

Ella también miró distraídamente. Se veían tres torretas, con hiedra. Espeso jardín bien cuidado, que impedía observar más detalles. A la izquierda, se adentraba un poco el mar, formando una especie de rada rocosa, de aguas muy tranquilas.

—No son gente muy agradable... Nada tienen que ver con nosotros, en realidad. Con nuestro mundo, con nuestra clase de vida, quiero decir...

—¿Les conoces?

Ella encogió los hombros.

—Los Croix-Bergues —dijo—. Madre e hijo, dicen. Hay quien afirma que son amantes. Es un poco sórdido, de veras.

—Oh... Les Croix-Bergues no estarían invitados ayer a tu fiesta, en ese caso.

—¡No! Hazte cargo de las diferencias sociales... Ellos son gente rara. Tienen varias explotaciones vinícolas en el norte. En Bourgogne, creo. Vinos de Corton, Pommard, blancos y rojos. Pero yo prefiero el champaña, así que...

—No te interesan, veo. Pese a ello, estás bien informada.

—Por casualidad. Hace dos o tres semanas, fui con mi padre a una subasta benéfica. Y allí estaban madre e hijo... O amantes,

cualquiera sabe. La subasta consistía en ciertos objetos antiguos. Es curioso: se pagaban sumas injustificables. ¿Y sabes quién gastaba más dinero con esas tonterías?

—¿Los Croix-Bergues?

—Ajá.

—Entonces, son gente humanitaria, Nanou. Si pujaban más, en beneficio de la campaña...

—¡Qué va! Allí me enteré de que son gente de esa que colecciona hasta huesos de «mamuth»... Cosas así. Cuanto más antiguas son las cosas que adquieren, más pagan. Bueno, eso ya sé que es normal. Están chiflados, ¿no te parece?

—Pues..., quizá, muñequita, quizá —dijo Melvin, vacilante—. El caso es que ahora voy a decepcionarte, porque resulta que yo también soy un entusiasta de las antigüedades.

Ella le miró con los ojos muy abiertos. Luego, rió, irónica y acabó por besarle en los labios.

—Muy bien. Me parece increíble, pero... ¡Oye, tengo una idea: voy a aficionarme yo también a eso!

—¿Hay alguna subasta de antigüedades?

—Lo ignoro... Pero son corrientes.

—Te invito a la primera que se realice. ¿Sabes una cosa?, éste es otro pequeño secreto mío: me admira ver muchas de las cosas que hicieron nuestros antepasados. Hay quien dice que eran más listos de lo que nosotros suponemos. Incluso gente de prestigio afirma que algunos conocimientos antiquísimos, en determinadas materias, eran muy superiores a los del hombre actual...

—Melvin, cariño... ¡Dejemos eso ahora! ¿Por qué no te interesas por mí?

—No eres precisamente una antigüedad —rió Melvin. Nanou frunció el ceño.

—¿Te burlas de mí? —masculló.

—Eso nunca, Nanou... Es tarde, tenemos que regresar.

—¿Tarde, para qué?

—Para almorzar.

—No tengo apetito... ¡Y déjate ya de tonterías! Me estoy preguntando qué clase de hombre eres, Melvin, pero no consigo comprenderlo. ¿No serás impotente?

Melvin consiguió apartarse de Nanou y se dirigió hacia los

mandos, como si, en verdad, su dignidad hubiese sufrido un duro golpe. Se sentó frente al volante y puso la lancha en marcha. Nanou, a su espalda ahora, pegada a él, jugueteaba con los rubios cabellos que la poblaban. Le besó en el cuello, en los anchos hombros...

—Perdón, Melvin, perdón...

—No importa, Nanou. Para que veas que no te guardo rencor, sigue en pie mi invitación a la primera subasta que se realice...

Nanou suspiró.

—Está bien... Iremos a la subasta, a donde sea, con tal de que me perdones. Pero, ahora, Melvin... ¡Oh, por favor, sabes muy bien lo que te estoy pidiendo!

—Te diré una cosa, Nanou —pareció irritarse el novelista—: tienes que aprender ya desde ahora mismo que, lo que tú ofreces, al hombre le gusta tenerlo cuando él quiere, no cuando se lo imponen. ¿Te molestaría cederme la iniciativa?

La lancha, de pronto, pareció volar. Melvin tenía de pronto mucha prisa. Nanou seguía a su espalda, casi sin poder abarcar a aquel extraño hércules, que ni siquiera había querido mirar su cuerpo y que se irritaba porque a ella le gustaba tanto, tanto, tanto...

La veloz lancha estaba trazando un gran arco, rumbo a la villa de los Saint-Laurent.

CAPÍTULO IV

Melvin estaba de nuevo instalado en el despacho de su *suite*, con un *whisky* delante, con abundante hielo, servido por Bridget. Ésta, en pie frente al escritorio, le observaba. Por fin, Melvin dejó de examinar las fotografías de la villa de los Croix-Bergues, que había revelado poco antes.

—Pueden ser útiles —murmuró—. He averiguado lo suficiente de los moradores de la villa de Roí Albert, por un conducto inesperado, me refiero a Nanou Saint-Laurent... ¿Cursaste el mensaje?

—Sí. Pero no sé cuánto tardarán en responder.

—No es demasiado urgente. Tenemos unos días de margen. Interesan más otras cosas, de momento. Por lo pronto, dedícate a averiguar si esta tarde se realiza alguna subasta importante en Carmes. En especial, me refiero a subasta de antigüedades. Antigüedades en general. De ser así, toma nota de todos los datos.

—¿Piensas ir a alguna subasta?

—Por supuesto. Acabo de aficionarme a las antigüedades.

Bridget salió del despacho y Melvin encendió un cigarrillo, sorbió un poco de *whisky* y prestó de nuevo atención a las fotografías que había revelado y ampliado. Su atenta mirada tomaba nota de todos los detalles, si bien, tras el nuevo plan de acción trazado sobre Ja marcha gracias a las informaciones de Nanou, las cosas podían simplificarse. De todos modos, había tomado los puntos de acceso, para una probable incursión y otros detalles de interés.

La mirada de Melvin se detuvo en una de las fotografías. El detalle no lo había apreciado a simple vista, pero sí lo había captado la potente y microscópica cámara: allí, entre las frondas del

jardín, como si se ocultara, se veía una mujer. Una mujer en un gesto en absoluto difícil de interpretar: lloraba.

¿Quién era aquella mujer?

Nanou no la había mencionado. En cambio, sí mencionó a los Croix-Bergues, madre e hijo..., o amantes.

La mujer que lloraba, era, en potencia, un factor favorable a Melvin. Se llora por dolor, resentimiento, rabia... Todos ellos, sentimientos que, de ser factible, él sabría explotar adecuadamente...

Tras sus reflexiones, dejó a un lado aquella fotografía y examinó otras. Aún volvió a ver a la mujer, aquella vez en otra posición, pero, también llorando, con el mismo gesto. También dejó la fotografía aparte. Las demás, carecían de importancia: no había captado más personas, ni datos de interés.

Había que quemar las fotografías, excepto la primera de aquella mujer. Y en ello estaba cuando regresó Bridget, diciendo:

—Esta tarde, a las cuatro.

—¿Dónde?

—Place de

I'Hôtel

de Ville. Galerías Macé.

—Magnífico.

—¿Yo debo hacer algo específico?

—Nada. Esperar el mensaje. Toma, arroja las cenizas de las fotografías por el desagüe de la bañera.

Bridget tomó las fotografías y abandonó el despacho. Por su parte, Melvin jugueteó unos instantes con la fotografía que se había reservado y se puso en pie. Eran casi las tres y tenía que telefonar a Nanou...

* * *

La sala de aquellas galerías estaba muy concurrida. Melvin y Nanou llegaron unos minutos tarde y buscaron asiento un poco atrás. Se estaba subastando en aquellos instantes un farol portátil, labrado, muy artístico, del siglo XII. Se empezaba por las minucias, por supuesto.

Melvin parecía en verdad muy interesado por aquella subasta, entusiasmo que en absoluto compartía Nanou. No obstante, estar

junto a Melvin ya lo suponía todo para ella.

Se pujaba con respecto al farol.

Melvin, como si de pronto recordase algo, miró a Nanou y susurró:

—¿Están los Croix-Bergues?

Nanou, indiferente, echó un vistazo en torno.

—Oh, sí... —dijo—. No podían faltar, claro: la dama y el hombre calvo que están en segunda fila, a la derecha... ¿Los ves?

Melvin no sólo los veía, sino que su mirada los estaba fotografiando. Les veía de perfil tan sólo, pero era suficiente para que aquellas caras jamás se borrasen de su mente. El perfil de la mujer, aquella nariz larga y delgada, la comisura pintada de su boca, sus hombros flacos... En cuanto al hombre, era calvo, cierto, pero lucía una frondosa y bien cuidada barba rubia, tenía el ceño espeso y la boca ancha, gruesa, húmeda. No parecían sentirse muy interesados por el farol portátil.

Siguieron otros objetos: un busto de bronce, un especiero de plata... Los Croix-Bergues no realizaron una sola puja.

—Celebro que nada de eso te interese, Melvin... —deslizó Nanou.

Melvin sonrió y agitó el programa.

—Sólo al final: ya me he decidido.

—¿De veras? ¿Qué vas a adquirir?

—Ya lo verás.

Nanou se impacientó un poco, miraba en tomo, distraída. Melvin parecía tan absorto en aquella ridiculez... Por fin ya a las cinco y veinte minutos, el secretario de la subasta, con voz tronante, anunció:

—Por último, señoras y señores, vamos a mostrar la más interesante obra de arte que será objeto de subasta esta tarde. Veán... —Entre dos empleados, entraban un pedazo de piedra, de unos cinco pies de largo y algo menos de tres de altura, la piedra iba encajada en unos soportes de madera, que le servían de marco y cubierta, los dos hombres la depositaron en un pedestal y la descubrieron, el secretario prosiguió—: se trata, como pueden apreciar, de una pintura etrusca sobre tumba.

Nanou se moría de aburrimiento, contemplando la pintura, que representaba unas figuras absurdas. ¿O era un demonio aquello con

cuernos y una serpiente enroscada en el brazo izquierdo?

Siguió el presentador:

—El nombre de la pintura lo conocen: «Teseo y Piritoo en los infiernos». Esta pintura es de las primeras que se descubrieron en Toscana, cuna de la antigua Etruria. Los etruscos, es sabido, dieron a Roma, imperio muy posterior, grandes hombres de arte, de ciencia, emperadores. «Teseo y Piritoo en los infiernos» posee un incalculable valor cultural. Sobre la cantidad de cincuenta mil nuevos francos, están invitados a pujar, señoras y señores.

Se hizo una pausa, se oían comentarios.

Melvin, de pronto, se puso en pie y dijo:

—Sesenta mil.

—Sesenta y cinco mil —se oyó otra voz.

La voz pertenecía a un caballero con perilla y gafas, pequeño, muy elegante, que miraba de soslayo a Melvin, el cual se disponía a aumentar la puja, cuando se oyó la voz del calvo de la barba rubia, Croix-Bergues:

—Ochenta y cinco mil nuevos francos.

Voz frondosa, como salida del fondo de la barba.

Se oyeron comentarios, rumores. Nanou, en el colmo del asombro, miraba a Melvin, que mostraba un gesto de contrariedad. El subastador estaba ya señalando:

—*Monsieur* Croix-Bergues ofrece ochenta y cinco mil a la una... Ochenta y cinco mil a las dos... Ochenta y...

—Cien mil —dijo el de la perrilla.

—Ciento cincuenta mil nuevos francos —dijo Melvin, impávido. Creció el rumor.

Los Croix-Bergues, por fin, se habían vuelto y miraban a Melvin. Ella, la dama sesentona, con ojos fríos escrutadores. El, con sus ojos azules como enterrados bajo los párpados, disimulando mal su ira.

El subastador iba a empezar de nuevo su cuenta cuando Croix-Bergues dejó de mirar a Melvin y ofreció:

—Ciento setenta y cinco mil.

El hombrecillo de la perilla, irritado, humillado, no ofreció más.

Con paso rápido, sin mirar a nadie, abandonó su puesto y el salón.

—Doscientos mil —ofreció Sinclair.

—Doscientos cincuenta mil —pujó Croix-Bergues.

—Medio millón —dijo Melvin muy sosegado.

La gente estaba estupefacta. Los Croix-Bergues incluso habían palidecido y empezaron a cambiar impresiones, muy excitados, pero en voz muy baja, hablándose al oído.

El subastador, con voz casi temblorosa, cantaba:

—*Monsieur* Sinclair ha ofrecido medio millón de nuevos francos. Medio millón a la una..., medio millón a las dos..., medio millón a las tres... ¡Adjudicada la pintura sobre tumba etrusca a *monsieur* Sinclair!

Melvin sonreía anchamente en aquellos momentos. A su lado, Nanou estaba al borde del desmayo. En cuanto a los Croix-Bergues, habían abandonado su puesto ya y salían. Al pasar junto a Melvin, ambos se detuvieron. La escrutadora mirada de aquella sesentona, recorrió el rostro del espía.

—Le felicito, señor Sinclair. Veo que sabe emplear su dinero —murmuró.

—Muy amable, *madame*. Gracias.

Ella giró y sin volver a despegar los labios, se marchó, junto a Croix-Bergues.

—Están furiosos, Melvin, es evidentísimo —decía Nanou.

—Pero yo me he limitado a pujar, Nanou... Deseo esa pintura etrusca, simplemente.

—Oh... ¡Casi no lo creo, Melvin!

La gente se iba, con sus comentarios. El secretario de la subasta, se acercó a Melvin.

—Si le parece bien, señor Sinclair...

—Sí, por supuesto. Le extenderé un cheque —cortó Melvin—. Venía preparado. Esa pintura me interesa de modo especial. Sólo quiero pedirle un favor: consérvela en depósito. Ya le indicaré cómo y cuándo deben enviármela.

—A su disposición, *monsieur* Sinclair, naturalmente. Melvin extrajo su talonario de cheques y extendió uno, rápidamente por medio millón de francos, sobre un banco de París.

—¿Su nombre, *monsieur*? —preguntó, tendiendo el cheque al secretario.

—Pésant. A su disposición, *monsieur* Sinclair.

Pésant se retiró y Nanou se colgó del brazo de Melvin, dirigiéndose ambos hacia la salida de aquella sala grande, con

resonancia, con columnas y hermosas arañas de cristal pendiendo del techo. Una vez en el vestíbulo de las Galerías Macé, Melvin trató de ver a los Croix-Bergues, sin conseguirlo. Por lo visto, el fracaso les había hecho huir de allí.

—Parece que he molestado mucho a los Croix-Bergues.

—Olvídales. Supongo que no te han caído simpáticos.

—Eso es al margen. Por el mero hecho de que a uno no le caiga simpática una persona, no puede ir perjudicándola. Nos iríamos rompiendo la cara por la calle, Nanou. En fin...

—Melvin, terminada esta estupidez, podemos...

—Nanou, no me siento bien, de veras. Perdóname, pero es mejor que vaya a mi hotel... ¡No, por favor, no digas nada! Ya te llamaré.

CAPÍTULO V

Tan pronto regresó al hotel, Melvin fue hacia el teléfono de la *suite*, comunicando con las Galerías Macé con *monsieur* Pésant, el secretario de la subasta. Cortando la sorpresa de aquel hombre, Melvin había dado la orden de que la pintura etrusca fuese enviada, de inmediato, a la villa de los Croix-Bergues, con todos los respetos de Melvin Sinclair.

Ése era el caso.

Y el pescador estaba a la espera.

Además, había dado una orden concreta y tajante a Bridget: sólo hablaría con los Croix-Bergues. No estaba para Nanou, no estaba para nadie.

Pese a lo cual, Nanou llamó cuatro veces en media hora...

Por fin, a la quinta llamada, Bridget miró significativamente a Melvin. Éste se puso en pie y tomó el aparato.

—Sinclair —dijo, simplemente.

—Oh, *monsieur* Sinclair... Soy *madame* Croix-Bergues. No sé cómo mostrarle mi agradecimiento. Estoy en verdad muy turbada. Ha sido tan amable, tan gentil. Pero no puedo aceptar, su gesto es...

—*Madame*, acepte, se lo ruego. Con todos mis respetos y mi admiración, le ruego que acepte la pintura. Tengo que decirle que les desconocía a ustedes. Me hablaron luego de su gran afición artística y cultural y confieso que me sentí como un ladrón.

—¡No diga eso, *monsieur* Sinclair! Pero yo... yo no puedo aceptar... En todo caso, le resarciría de...

—¡De ningún modo, *madame*! —se apresuró a protestar Melvin—. Acéptelo como un presente...

—¡Pero no es posible! Creo... creo que me estoy comportando muy torpemente con usted. Es tan amable. *Monsieur* Sinclair, le

ruego que acepte mi invitación de cenar con nosotros esta noche. No se niegue, por favor. Mi hijo y yo nos sentiremos profundamente honrados. Será un inmenso placer para nosotros mostrarle nuestra colección.

—No sé si debo aceptar, *madame*.

—Le esperamos. No nos niegue ese inmenso placer, se lo ruego.

—De acuerdo. No pretendía, sin embargo, sus muestras de agradecimiento, *madame*. Le aseguro...

—Es admiración, *monsieur* Sinclair: simple y pura admiración. ¿A las ocho?

—Estaré a esa hora en punto, *madame*.

—¡Cuánto se lo agradezco! Le esperamos con impaciencia, *monsieur* Sinclair.

Melvin desoyó otra avalancha de palabras azucaradas y colgó después que *madame* Croix-Bergues. Miró a Bridget.

—Debe ser verdad que se cazan más moscas con miel que con vinagre, Bridget.

—Seguramente —admitió la bellísima secretaria—. Lo que me pregunto yo es para qué podemos querer cazar moscas.

—En este caso —rió Melvin—, para que no nos molesten zumbando a nuestro alrededor. Las moscas, realmente, no son un peligro mortal, pero resultan siempre muy molestas. Por otra parte, quizá no estemos tratando con moscas, sino con avispa... Y éstas sí son ya un poquito más peligrosas.

—Me encanta oírte —sonrió Bridget.

—Gracias. —Melvin le dio un pellizco en la barbilla—. ¿Te importaría examinar mi equipaje, a ver cómo estoy de esmoquins?

—Con mucho gusto. ¿Vas a bañarte?

—Me conformaré con una simple ducha.

Melvin Sinclair fue al cuarto de baño y procedió a ducharse. Estaba bajo el frío chorro de agua pulverizada cuando Bridget entró y se plantó delante de la bañera.

—Tienes la ropa preparada —dijo.

—Muchas gracias, querida. ¿Te gustaría venir a esa pequeña reunión de moscas con un...? Bueno: ¿cómo me definirías a mí?

Cerró el grifo y se quedó mirando a Bridget, que se volvió, tomó una toalla y se la entregó.

—¿Cómo te definiría a ti? —reflexionó acto seguido—. Pues no

sé, pero desde luego, no como una mosca. A juzgar por lo que he oído del señor Sinclair cuando se me permitió elegir a mi «maestro» yo diría que sólo puedes ser un águila.

—¡Caramba, Bridget, tú sí sabes decir cosas agradables!

—¿Puedo decirte otra?

—¡Todas las que quieras! —rió Melvin.

—Tienes una musculatura impresionante... ¿Me permites que te ayude a secarte?

—Querida Bridget yo siempre he dicho que cuando dos personas se entienden, la vida es maravillosa. La amabilidad y el buen entendimiento siempre conducen a un desarrollo positivo de la personalidad. ¿Te viene de gusto secarme? ¡Pues adelante, jamás te lo negaría!

—Gracias, Melvin.

Éste salió de la bañera y devolvió la toalla a Bridget, que pasó tras él y precedió a secarle la espalda.

—De todos modos —murmuró—, no olvides la fábula del tigre y la pulga... ¿La conoces?

—No.

—Había un tigre muy poderoso, invencible. Nadie en la selva se atrevía ni tan siquiera a acercarse a menos de cien yardas cuando él estaba tomando el sol y quería silencio y tranquilidad. Sin embargo, aquel tigre tenía una pulga entre su hermoso pelaje, que se pasaba la vida mordiénolo. Imagínate: una pulga mordiendo a un tigre...

—Es divertido —opinó Melvin—. ¿Cómo terminó el asunto?

—Pues que el tigre tuvo que darse por vencido y aceptar para siempre las picaduras de la pulga ya que no había modo de poder hincar en ella sus colmillos, ni atraparla con sus garras. Hasta que un día ya loco de rabia, decidió meterse en el río, para ahogar a la pulga y librarse así de ella.

—¿Y...?

—Iba tan enloquecido de rabia que no se dio cuenta de que se metía en un pantano en lugar de un remanso del río. Y murió ahogado en el pantano... Creo que ya estás bien seco.

Melvin Sinclair se volvió, agarró la toalla por los extremos y la pasó por la nuca de Bridget, atrayéndola hacia él. Bridget se quedó mirándole a los ojos y el novelista-espía, tras breve titubeo, la besó, suavemente, en los labios.

—Te agradezco el cuento, abuelita —dijo luego, sonriendo—. Pero no te preocupes por mí, porque yo nunca menosprecio ni siquiera a una mosca.

Bridget deslizó sus manos delicadamente por el vello de los musculados pectorales de Sinclair.

—En ese caso —murmuró—, no creo que necesites mi compañía. ¿Te espero levantada?

—Lo dejo a tu elección. Es una lástima que una chica tan preciosa y encantadora como tú sea frígida, Bridget.

—No hay nadie perfecto en este mundo —suspiró ella—. Si me necesitas para algo, estoy en mi habitación.

—Procuraré no molestarte. Hasta luego, querida.

Bridget salió del cuarto de baño y Melvin Sinclair quedó pensativo, fruncido el ceño. El tigre y la pulga. Bueno, como moraleja no estaba mal, desde luego, pero él era más inteligente que el tigre que no sabía distinguir un remanso de un pantano. Y por otra parte, había un recurso mejor que el de tirarse al agua para eliminar a la pulga: utilizar dicloro difenil tricloroetano, o sea, D. D. T.

Cuando salió del baño, se vistió con rapidez, con cierto descuido, un poco desgreñado el rubio cabello, largo hasta la nuca. Su aspecto, ciertamente, era capaz de hacer suspirar a una momia egipcia. Poco después, abandonaba la habitación. Atravesaba el vestíbulo, con su paso largo, elástico. Un empleado avanzó hacia él, con un sobre en una bandeja.

—Ha llegado hace irnos instantes, *monsieur* Sinclair.

—Ah... Muchas gracias. Pero, por favor, sea tan amable de entregárselo a mi secretaria. Inmediatamente, desde luego. ¿Cuento con ello?

—Por supuesto, señor.

Pero unos minutos más tarde, Melvin Sinclair detenía el «Jaguar» ante una cabina telefónica, desde la cual, disfrazando la voz, llamó al hotel, pidiendo comunicación con Bridget.

—¿Eres tú? —preguntó la secretaria.

—Sí.

—Acertaste de lleno con la clave. Todos los datos coinciden.

—Está bien, hasta el día veintiuno tengo margen más que suficiente, creo. De todos modos, haré que ordenen tomar

precauciones a ese buque, el Falgade y que sea protegido de cerca y vigilado..., si antes no he resuelto el asunto. Es todo.

Colgó y volvió al «Jaguar», para proseguir la marcha en dirección al mar, hacia la carretera de Roi Albert.

Y mientras rodaba, Melvin rememoraba a la mujer que había fotografiado en el jardín, a solas, llorando...

* * *

El criado escanciaba «Pernod» en el magnífico vaso de *monsieur* Croix-Bergues. Para *madame*, sólo un «Cinzano», con una rajita de limón y «seltz». *Madame* debía cuidar su circulación sanguínea...

—Puedes retirarte, Paúl —dijo Croix-Bergues, en vista de que el criado parecía esperar alguna otra orden.

Quedaron a solas los Croix-Bergues. El hijo vestía de esmoquin, naturalmente y *madame* se ataviaba con un vestido oscuro, escotado, luciendo un bonito collar, sobre una piel que, para ser justos, no estaba demasiado arrugada, sólo resultaba desagradable la afilada nariz y la delgada boca.

Estaban en el salón de la villa, sentados en sendos sillones, esperando al visitante.

Croix-Bergues bebió un poco de «Pernod» y dijo:

—Sigo sin saber qué pensar, Michéle.

—¿Sobre Sinclair?

—Precisamente.

—Comprende que sería una monstruosidad no mostrarle nuestro agradecimiento. No somos muy populares, pero no hay que exagerar.

—Cuanto menos, menos —rezongó Croix-Bergues.

—Sí, de acuerdo. Pero el hecho de que Sinclair cene hoy con nosotros, en nada nos va a perjudicar.

Roger Croix-Bergues inquirió, tras encoger los hombros:

—¿Dónde está ella?

—En su cuarto. No molestará. Él no la verá, no te preocupes.

—Es una complicación. En realidad, es nuestro único problema a resolver. Aunque tengo estudiado un plan que... Pero hablaremos luego.

—¿Por qué no ahora?

Croix-Bergues echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Entras tú, Michéle, en ese plan. Deberías realizar un viaje con ella: fingir unas vacaciones, un viaje de placer... Y ocurriría un accidente. Lejos de aquí. ¿Comprendes?

—No, no... Nada de eso, Roger. No lo conseguiríamos. Para mí, esto es cuestión de un poco de espera. No es tan fácil deshacerse de esa muchacha. Por ahora, vamos soslayando el riesgo y así está bien. Ya sé que alguna vez se ha mostrado rebelde, pero tenemos el suficiente poder para dominarla. Yo no estropearía las cosas por una acción precipitada. Dentro de dos años, seremos multimillonarios... Eso es lo único que debemos pensar.

Croix-Bergues, pensativo, bebió de nuevo un poco de «Pernod».

—Quizá tengas razón —musitó—. No obstante, considero que pecas de exceso de optimismo al conceder tan larga vida a la organización que hemos creado. ¡Dos años...! No, no, Michéle, seamos realistas: no es posible que dure tanto.

—¿Por qué no?

—Nos hemos introducido en un mundillo que no perdona, Michéle. Un mundo subterráneo, cruel, asesino... Sabes, sin ir más lejos, que ya tenemos a la CIA, frente a nosotros, después de que tuvimos que matar a su enlace de Cannes. Hay que admitir el riesgo: ella supo infiltrarse y aunque está muerta, nosotros no hemos recuperado el mensaje y no tenemos la seguridad de que no ha caído en manos de la CIA, que intervino, matando a Duhamel y poniendo en fuga a Hazard. Por fortuna, pudimos recoger el cadáver de Duhamel y, como sabemos que el enlace de la CIA iba muerto en el coche y el hombre que lo conducía, seguramente su contacto, también murió, ninguno de los dos pudo hablar con el tercer elemento de la CIA, el que mató a Duhamel. En cuanto a las perlas, estén donde estén, para quien las encuentre solo son eso: perlas. Por lo tanto y tan sólo por la seguridad de nuestros métodos, podemos seguir adelante. Pero, de todos modos, cuando una organización como la Central Intelligence Agency americana entra en juego, atención: no menospreciamos el peligro.

—Está bien, admitido. Pongamos, entonces, un año de...

—Es mejor no realizar cálculos al respecto.

—Como quieras. Sin embargo, pienso que en otra cualquier parte del mundo podemos reanudar estas actividades. Buscando otros sistemas, aunque siempre empleemos el mismo poder. ¿No

crees?

—Es prematuro hablar de eso.

Michéle rió brevemente, una risa cascada, algo mordaz.

—¡Parece que el dinero te ablanda, Roger!

—En cierto modo, es posible. Tenemos lo suficiente para adquirir grandes colecciones, para vivir...

—¿Por qué no me dejaste seguir pujando esta tarde? —cortó Michéle.

—Te lo dije. Era una cifra ya desorbitada y no es conveniente demostrar tanto poder económico. Podría ser el detalle que nos hiciera caer. Sigamos fingiendo una relativa modestia y comercemos con nuestros vinos de Borgoña.

—Tienes razón en eso —dijo *madame*—. Yo estaba pensando que...

Se interrumpió y se volvió hacia la puerta.

—¿Qué hace aquí? —inquirió secamente.

En la puerta, una muchacha morena, esbeltísima, con unos enormes ojos negros un tanto velados, se estrujaba las manos.

—¿Qué quieres, Olga? —inquirió, más amable, Croix-Bergues.

—Yo... yo venía a..., a...

—No tenemos tiempo de hablar —cortó Michéle—. Vuelva a su habitación. Y no cometa indiscreciones, será mejor para todos. Esperamos un invitado y usted no debe ser vista. Le recuerdo, por si fuese vista, que usted es una familiar nuestra, muda, que hasta ahora ha vivido en Borgoña. ¿Comprendido?

—Quiero vivir aparte. Pueden vigilarme, si quieren, pero...

—¿No está bien aquí? —cortó *madame*.

—No. No puedo soportar esto, no...

—Hablaremos de eso, Olga, pero no ahora —dijo Croix-Bergues, cuyos ojos estaban entornados, llenos de deseo.

—¿Cuándo?

—Obedezca —cortó, secamente, *madame* Croix-Bergues.

Olga apretó un poco los labios. Su mirada, en aquellos momentos, era incapaz de disimular lo que estaba pensando. Una mirada negra, llena de asco, de repugnancia, que trasladada de uno a otro rostro. Mientras que Roger la aceptaba con cierto sarcasmo, Michéle se puso furiosa.

—¡A su cuarto! —ordenó, gritando.

Olga dio media vuelta y abandonó el salón.

Una vez a solas, Michéle miró a Roger y preguntó:

—¿De veras deseas su muerte?

—Por supuesto. Es un estorbo que...

—Nadie lo diría, observando cómo la miras.

Roger rió quedo, irónico.

—¿Estás celosa, Michéle?

—No me gusta caer en el ridículo —fue la agria respuesta de Michéle—. Pero quiero recordarte algo. Todo es mío. Todo. ¿Recuerdas? Tú no eras más que un piojoso cuando te admití a mi lado. Tú no eras nada, nadie. En cuanto a inspirar repugnancia, piénsalo bien: quizá la mayor parte te corresponda a ti. Olvida a esa mujer, ¿estamos?

—Lo nuestro tiene que acabar algún día, Michéle. Ya no tengo dieciocho años. Ni tú cuarenta, claro. Pero no discutamos por nimiedades...

—¿A qué llamas tú nimiedades, perro?

—No te pongas tan desagradable —intentó Roger apaciguarla—. Hay cosas que cualquier mujer comprendería.

En aquel momento. Paúl abrió la puerta del salón. —Ha llegado *monsieur* Sinclair— anunció.

Michéle se puso en pie. Roger la imitó, más despacio.

—Hazlo pasar —ordenó *madame* Croix-Bergues.

CAPÍTULO VI

Por supuesto, Melvin Sinclair había cenado mucho mejor que aquella noche en infinidad de ocasiones. No obstante, se deshizo en alabanzas con respecto a la cocina de aquella villa, bajo la mirada brillante de Michéle, cuyo flaco corazón había experimentado un ligero aumento de velocidad en sus palpitaciones.

Tras la cena, Melvin fue invitado, con todos los honores, a contemplar la colección de antigüedades de los Croix-Bergues, que estaba situada en una sala al fondo de la casa. Un gran salón, con cierto olor a rancio, un poco polvoriento, lo cual no era más que un ambiente artificial provocado por los Croix-Bergues. Como fuese, la colección era importante.

En todo momento, Michéle, colgada del brazo de Sinclair, realizó a la perfección su papel de anfitriona.

Hubo paseo por el jardín, en compañía de Roger, que, casi siempre silencioso, fumaba un cigarro habano, mientras Michéle le enseñaba a Melvin lo que le convenía. Habían dado una vuelta por el recinto de la villa y Melvin, sin perder detalle, que quedaba retratado en su memoria, observó un par de ellos un poco extraños, si bien no hizo comentarios. Por ejemplo, no mostró su sorpresa por la situación de la piscina, a la que casi nunca debía dar el sol, un poco por la mañana, quizá un sol sin fuerza. Otro detalle, era el invernadero, un poco distante del edificio principal, que Michéle sólo señaló de lejos, con indiferencia.

Ya sentados en la pérgola, a la derecha de la terraza principal, con luz ambiente y música de notas suaves, se encontraban ante las bebidas servidas por Paúl. A Melvin le apeteció un coñac, solo. Michéle no bebía y el calvo de la barba, más enterrados que nunca sus ojos azules, «Ricard».

—Me siento plenamente compensado, *madame* Croix-Bergues —decía el agente de la CIA—. Me basta con verla feliz. Me mostré desconsiderado, pero, por fortuna, he podido reparar el error.

—Pero, *monsieur* Sinclair, debería aceptar, al menos un cuarto de millón que nosotros habíamos pujado...

—No todo lo bueno se consigue con dinero, *madame*. Por ejemplo, se me está ocurriendo que ustedes no permitirían a nadie que se instalase una temporada, por corta que fuese en su propiedad de Bourgogne, ¿no es así?

—Ciertamente que no —saltó Roger.

—¿Se da cuenta, *madame*? —sonrió de nuevo Melvin—. Lo que nadie conseguiría quizá ni siquiera con un millón de francos, lo he conseguido yo con quinientos mil. Y, además, tengo ahora dos amigos más... Lo cual no es poco, en este mundo en que vivimos.

—Bueno... Es usted muy amable, realmente, señor Sinclair y por supuesto, si alguna vez necesita un lugar como nuestra residencia de Bourgogne, puede contar con ella. Pero no creo que eso valga quinientos mil francos ni, aunque usted permaneciese allí... ¡qué se yo! Incluso dos o tres meses. Creo que, aparte de nuestra hospitalidad, deberíamos...

Sinclair movió las manos con gesto de ahuyentar algo.

—No quiero oír hablar más de esto, *madame*. Por favor.

—Como quiera... ¿Qué opinas, Roger? —inquirió Michéle.

Roger se quitó el puro de la boca y dijo:

—Es magnífico poder regalar medio millón de francos.

—¿Sólo se te ocurre eso? —reprochó Michéle.

Roger se encogió de hombros y Michéle, escandalizada, miró a Melvin, pidiéndole disculpas con la expresión.

—No juzgue mal a Roger, por favor —pidió—: todavía no cree en la generosidad humana.

—¿Quién soy yo para juzgar a nadie, *madame*? No existe en el mundo un hombre con más defectos que yo.

—No se trate tan mal, *monsieur* Sinclair. Los Croix-Bergues le recordaremos siempre con verdadero afecto. Oh..., esto es cómo si no hubiéramos de volver a vernos y precisamente, si alguna vez nos visitase en Bourgogne...

Se interrumpió. Llegaba Paúl en aquellos momentos, con aire circunspecto. Carraspeó y dijo:

—Perdón, le llaman al teléfono, *monsieur* Croix-Bergues.

—¿A estas horas?

—De Chabtis, Borgoña.

—Vaya... Algo ocurre con la cosecha. Con su permiso, *monsieur* Sinclair.

Roger hizo una inclinación de cabeza y echó a andar hacia la casa, seguido por el criado.

Michéle murmuró:

—Creo que Roger ha estado un poco inconveniente con usted, *monsieur* Sinclair. Discúlpele... Es un hombre preocupado.

—No tiene importancia, *madame*. Ahora, con su permiso, me retiraré.

—¿Tan pronto? —protestó Michéle.

—Lo agradable, si es breve, es doblemente agradable, *madame* —recitó Melvin—. Espero, no obstante, que se presente una nueva oportunidad para vemos. No dude en ningún momento de que, si vuelvo a Cannes, la visitaré. El recuerdo es demasiado grato para no hacerlo.

—¡Qué amable...! —Ella se puso también en pie—. ¿No se despidió de Roger?

—Por supuesto que sí. Ahí viene.

En efecto, Roger regresaba ya, tras la breve conferencia. No parecía en absoluto preocupado por la cosecha de vinos. Tampoco supo, o no quiso, disimular su alivio por la marcha de Sinclair, quien sí fingió a las mil maravillas no observarlo. Michéle recargó un poco la despedida, acompañándole incluso hasta el «Jaguar». Y aún decía adiós, cuando el auto rebasaba el linde de la villa, a toda velocidad.

Detrás de Michéle, Roger gruñó:

—¡Menudo imbécil! Tengo los nervios alterados sólo de oírle hablar.

—No es tan insoportable como todo eso, Roger. Y..., es muy atractivo. Dime: ¿quién llamó por teléfono?

—Hazard. Desde el invernadero, claro. Indica que han recibido el mensaje: la segunda versión, claro, puesto que se perdieron las perlas. Según el mensaje, el trabajo se ha de programar para el día veintiuno de este mes de mayo. O sea: acción. Ya. Ahora, Michéle. ¿Vienes?

Michéle asentía con movimientos de cabeza.

—Realmente, no podemos perder mucho tiempo —le dijo.

—Ni siquiera para estudiar la posibilidad de que la CIA, tenga las perlas sintéticas en su poder y haya descifrado el mensaje. Lo cual es un riesgo posible, Michéle, remoto, pero posible.

—Pero que no va a detenemos, ¿verdad?

Roger esbozó una leve sonrisa.

—Menos que nunca. Nada podrá detener mis planes para el futuro.

—Dime, Roger: ¿me incluyes en esos planes?

—No volvamos a las discusiones, Michéle. Tú eres la propietaria de todo, es cierto y yo, un advenedizo. Ahora bien, nunca olvides que la idea fue mía. Y me estoy refiriendo, claro está, a Nyshevsky. Durante casi un año, he sido yo quien ha trabajado de verdad. Todo esto, es ahora muy distinto de lo que era en principio.

—Pero yo sigo siendo la dueña —cortó Michéle. Roger la miró a los ojos. Murmuró:

—Está bien. Vamos de una vez.

* * *

Melvin había dejado el auto lejos de allí y bien camuflado y, mientras regresaba a pie a la villa, iba revisando los datos que consideraba importantes. En primer lugar, resultaba llamativo que aquella hermosa mujer, la que fotografió llorando, no hubiese hecho acto de presencia. Al respecto, el cerebro de Melvin Sinclair registraba una teoría, teniendo en cuenta ciertos detalles.

Por ejemplo: en algún cuarto que había encima del salón, alguien se estuvo moviendo, paseando con cierto nerviosismo, a juzgar por las cortas y repetidas vueltas. Por tanto, cabía la posibilidad de que la nerviosa peripatética fuese aquella mujer. Y había más: una vez en el exterior, mientras Michéle le mostraba los atractivos de la villa, Roger Croix-Bergues. En varias ocasiones, quizá más de las convenientes, había dirigido la mirada hacia una de las ventanas laterales de la villa. Al principio, dicha ventana había estado iluminada. Luego, en un momento impreciso, se había apagado la luz. Con toda probabilidad, pues, la persona ocupante de aquel dormitorio se había acostado...

Para Melvin fue muy fácil salvar un muro, aun con verja de

hierro en forma de lanzas puntiagudas. Cuando se encontró al otro lado de la verja ya en el recinto, el aspecto de Sinclair era muy distinto al de irnos minutos antes, era apenas una sombra negra, de movimientos fáciles, llenos de ritmo, de fuerza.

Vestía pantalón negro y suéter de cuello redondo, negro también, muy holgado. Sus pisadas las hubiera envidiado un gato, mientras pasaba por el jardín, entre setos situándose, va en principio, en el lateral correspondiente a la ventana cuya atención había sido requerida por Roger Croix-Bergues, la ventana correspondiente al dormitorio que quedaba sobre el salón.

Seguían las facilidades, por dos motivos. Uno: había hiedra en aquella pared, los troncos, las ramas, si no fuertes, sí resistirían lo suficiente. Dos: la ventana sólo estaba entornada.

Melvin calculó que para el ascenso estaría expuesto a ser visto durante varios segundos, pero ello no era obstáculo. Trepó con rapidez, empleando los tallos, las ramas, el tronco, pero también su fuerza, su gran equilibrio. Una vez en el marco de la ventana y sin el menor titubeo, saltó al interior de la habitación.

Olía a jazmines.

Seguía la ventana entornada, para que nadie notase el menor cambio. Un rayo de luz de luna penetraba por el resquicio de la ventana.

Luz de luna, color plata, que daba de lleno en el lecho.

Y de lleno sobre Olga.

Estaba tapada solo a medias y su cabellera negra se desparramaba por la almohada. Quedaba al descubierto de medio cuerpo para arriba. Por su postura, Melvin descubrió que la joven durmiente sólo utilizaba un diminuto camisón, con sugerentes transparencias. Es evidente que la noche resulta muy sugestiva en cuestión de muñecas de carne y hueso...

Melvin dio unos pasos hacia ella.

De pronto, como si viviese en un continuo sobresalto, como si no fuese la presencia de Melvin lo que la había despertado, la muchacha quedó sentada en el lecho, desconcertada, respirando con fuerza, muy abiertos los ojos...

En seguida, descubrió aquella negra figura inmóvil.

—¿Kto vi? (¿Quién es usted?) —exclamó, con voz un tanto débil, trémula, en perfecto ruso.

Todavía por un instante, la sorpresa mantuvo inmovilizado a Melvin.

—*Ñe pobeitie* (No tema) —susurró en seguida, en el mismo idioma.

Entonces, Olga inició el conato de reacción lógica: gritar.

Fue cuando Melvin entró en acción, de un modo fulminante. Primero se dedicó a amordazarla con fuerza, para lo que utilizó la mano izquierda. La mantuvo quieta, dominando el forcejeo desesperado de ella. Al fin, optó por dejarla sin conocimiento, con un simple golpe, prácticamente indoloro, en una región del cuello de Olga, que quedó pendiendo del brazo izquierdo de Melvin, con la boca entreabierta, sin sentido, mostrando, bajo las transparencias, los maravillosos senos, la cintura... Y al resbalar las sábanas, aún mostró las piernas, era una escultura de plata, ciertamente.

Melvin la contempló unos instantes, muy quieto, impresionado por aquella belleza, pero no por ello incapaz de pensar. Sopesaba el dato: aquella mujer era rusa. Había reaccionado instintivamente, ante una situación anormal, hablando en ruso.

El agente americano retrocedió y echó un vistazo a través de la ventana. Su nuevo plan era arriesgado, pero en modo alguno iba a rechazar la posibilidad de ponerlo en práctica.

Regresó junto a Olga y tras comprobar que aún estaría sin conocimiento unos minutos, la destapó completamente y tiró de los brazos, colocándola en el borde del lecho, desde donde cargó con ella y fue hacia la ventana. Instantes más tarde, con aquella muñeca que parecía de plata a sus espaldas, Melvin descendía, utilizando el camino elegido para el ascenso, sin dificultades, sin verse obligado a grandes esfuerzos. Tocó el suelo con las puntas de los pies y se descolgó, por fin.

* * *

Para transportar con más comodidad a Olga, la dejó en tierra un instante. Iba a golpearla de nuevo, puesto que ella empezaba a agitarse, cuando detrás de Melvin sonó una voz:

—Muévase sólo muy despacio, hacia la hiedra y pegue ahí la cara. Cuidado con lo que hace.

Impasible el rostro, sin un aspaviento, sin una reacción visible, Melvin se volvió y hundió la cara entre la hiedra. Naturalmente,

ahora le iban a registrar, en busca de armas... En efecto, así sucedió. Primero notó una mano en la espalda, por la cintura. Luego, dejó de sentir el contacto y comprendió que la mano estaba camino de su axila izquierda...

Entonces entró en acción. Su cerebro había dictado ya el procedimiento a seguir: matar a la primera, de una cuchillada. Una sola cuchillada, en el cuello, o en el pecho, aunque el cuello ofrecía más garantías.

Estaba ya de cara al sorprendido vigilante. Éste vislumbró la reacción del intruso, pero cuando trató de apretar el gatillo, era tarde: el estilete plegable, distendido con un simple gesto, estaba empotrado en el cuello del vigilante, cuyos ojos parecían querer abandonar las órbitas.

Melvin retiró el estilete, agarró la muñeca derecha del hombre y mientras le abría la mano para que soltara la pistola, le hacía girar, tirándole contra la hiedra. El cadáver quedó en extraña postura, con sólo el rostro apoyado en la hiedra, como punto de equilibrio.

Olga había abierto los ojos, de nuevo se adivinaba el grito en su expresión. Aquella vez, Melvin tuvo que actuar lanzando el pie: le asestó un golpe, con media potencia, en la sien, con la parte exterior del negro zapato y Olga quedó de cara sobre la tierra.

No parecía haber más dificultades. Cargó con Olga y corrió hacia la valla. La salvó sin grandes dificultades, e instantes más tarde veía ya el «Jaguar», estacionado en un camuflaje de arbustos, cerca de las rocas de un acantilado, a poca distancia de la rada natural que se formaba en la villa de los Croix-Bergues.

Ya en el «Jaguar», el agente de la CIA acomodó a Olga lo mejor posible. Lo único que no podía hacer era cubrir su casi desnudez.

Suave primero y con más fuerza luego, zumbó el motor y el auto, a buena velocidad, se alejó de allí.

* * *

—¿Alguna novedad, Bridget? —inquirió Melvin, al entrar en la *suite* del hotel.

—Ninguna, por ahora.

—Okay. Hazme una lista de mis amistades. Mañana por la mañana telefonearé a los considerados buenos amigos, despidiéndome. Espero que mi estancia en Cannes les haya

divertido.

—¿Nos vamos ya?

—No. Pero haz lo que te digo.

—¿Hago también preparativos para la marcha?

—Desde luego. Mañana, después del almuerzo, todo el mundo nos verá partir. Ya te daré más instrucciones.

* * *

Tras cambiar impresiones en el invernadero, hasta concluir el proyecto de la nueva operación a realizar, Roger y Michéle lo abandonaron. Ambos parecían reflexionar hondamente. En silencio, se dirigían hacia la casa y fue Roger quien casi tropezó con el cadáver de aquel vigilante, que tenía el cuello perforado por el agudo acero de un estilete.

Roger respingó y palideció intensamente. En cuanto a Michéle, apenas pudo contener un grito de sobresalto.

—Es Ohnet... ¡Y está muerto!

—Resulta obvio, querida.

Michéle miró en tomo. Sus ojillos oscuros mostraban una clara expresión de recelo. Por su parte, Roger miró hacia arriba. Desde aquella posición, no se advertía nada especial, ni siquiera que la ventana estaba abierta completamente. Se retiró irnos pasos y pudo verla entonces. Sus puños se cerraron y su mirada azul, neblinosa en aquellos momentos, se posó en Michéle, que parecía estar comprendiendo algo.

—¿Olga? —musitó.

Sin decir palabra, Roger alargó el paso hacia la casa, llamando a Paúl. El criado apareció en lo alto de las escaleras. Todo indicaba que se disponía a meterse en la cama.

—¿Señor? —inquirió Paúl.

—Busca a Aubry. ¡Inmediatamente! Que venga aquí... ¿Has visto u oído a alguien?

—¿En la villa? Pues no... No, señor.

—Busca a Aubry. ¡Rápido!

Entendiendo la urgencia del asunto, Paúl se apresuró a bajar y correr en busca de Aubry, el otro vigilante nocturno de la villa. Mientras tanto, Roger, tras dirigir una rara mirada a Michéle, pero sin despegar los labios, corrió por las escaleras, dirigiéndose ya en

el piso, directamente a la habitación de Olga.

Llamó con los nudillos y a viva voz:

—¡Olga! ¡Olga, abre! ¡Abre!

Insistió de nuevo, sin resultado. Miró a Michéle, que había subido también. La mujer estaba quieta, silenciosa, con la mirada fija en Roger. Éste, por fin, con un gesto rabioso, se lanzó contra la puerta, el tercer intento consiguió hacer saltar el pequeño cerrojo interno: la puerta se abrió y Roger se precipitó al interior de la habitación.

Con expresión de ira, observó el cuarto vacío. Michéle dijo:

—¿Acaso no lo imaginabas, Roger?

—Me agrada esta pregunta, Michéle... Me agrada, sí. Vamos abajo. Y se me están ocurriendo varias teorías que expliquen lo ocurrido. ¿Quieres saberlas?

—Sería interesante —masculló Michéle.

Caminaban ya hacia las escaleras, mientras Roger decía:

—Una: que hayamos sido descubiertos, no sé cómo, por el ruso que ha llegado para contratar la presente operación y éste, para obtener datos que nosotros queremos mantener secretos, se haya llevado a Olga.

—Casi descabellada —dijo Michéle, secamente.

—Sí, ¿verdad? Dos: que Olga se proveyera de un arma, un cuchillo, por lo visto y huyera por la ventana. Sorprendida por Ohnet, ella le mató.

—Tal vez.

—Tres: que Sinclair tenga algo que ver con esto.

Michéle soltó una risa seca, burlona:

—¡Olvidalo! Porque él no tiene la menor noción de la existencia de Olga. Y porque es incapaz...

—Entonces, la teoría número cuatro: tú has provisto a Olga del arma para la fuga... Quieres que desaparezca de aquí, por estúpidos celos y...

—¡Basta! —cortó Michéle, temblorosa la delgada boca—. Basta, estúpido... Yo podría sospechar lo mismo de ti, ¿no crees? Tú la deseas con toda la repugnancia que eso...

Calló. Estaban en el vestíbulo y llegaba Paúl con Aubry, el segundo vigilante interno.

Roger, tras mirar unos instantes a Michéle con rara expresión, se

acercó a los sirvientes. Miró a Aubry.

—¿Qué has visto? ¿Qué has oído?

Aubry palideció.

—Nada, señor... —musitó.

—¿Nada? Olga ha escapado, tras matar a Ohnet. Y tú no has visto ni oído nada...

Aubry permanecía casi en posición de firmes, sin atreverse a abrir la boca. Parecía que Roger iba a experimentar una reacción violenta, pero pareció calmarse un tanto. Optó por serenarse y buscar una solución. Dio unos paseos por el amplísimo vestíbulo de la villa, hasta que, por fin, se detuvo de nuevo frente a Aubry.

—Ve a buscar a Hazard. Que vengan también Barbusse y Knittel. En principio, buscaremos por la villa, aunque parezca inútil. De fracasar esta búsqueda, habrá que intentar, por todos los medios, localizar a Olga, donde sea. ¡Ve a buscarles!

Aubry giró y casi corrió hacia la salida.

—Roger —murmuró Michéle—, ¿qué consecuencias pueden derivarse de esto?

Roger esbozó una breve sonrisa, sin alegría, forzada, dura.

—Busca tú la respuesta: no es tan difícil. Puede que no suceda nada, pero..., también cabe que ocurra lo peor —masculló—. Te aconsejo que vayas a dormir.

—Quiero ver cómo se desarrolla la búsqueda.

—Muy bien... Piensa también en esto: Olga ha huido sin ropas, sin equipaje, casi desnuda... ¿No es extraño?

Se hizo silencio en el vestíbulo. Roger paseaba, en espera de la llegada de sus hombres.

CAPÍTULO VII

A media mañana, el «Jaguar» conducido por Bridget había dejado ya atrás la ciudad. En los oídos de Melvin Sinclair, aún resonaban las furiosas amenazas, los lamentos, el llanto, todo sucesivo, de Nanou Saint-Laurent, que encajó muy mal la despedida de Melvin. También, aunque con menos vehemencia y expresividad, Melvin recordaba la despedida de *madame* Croix-Bergues.

A medio camino entre Cannes y el campo de Aviación Deportiva, el «Jaguar» moderó la velocidad, en busca de un cruce con un camino local, solitario y discreto, bordeado por grandes árboles.

Por fin, el auto se detuvo. A sólo media docena de yardas, era visible el auto negro, vulgar, estacionado allí. Junto al auto, un hombre vestido con mono, esperaba.

Melvin se apeó del «Jaguar» y avanzó hacia el hombre del mono.

—¿Todo bien, Phil? —inquirió.

—Sí, señor. Todo lo que me ordenó Bridget está en el auto.

—Magnífico. Ve con Bridget. Procura despegar sin que se note mi ausencia. Nos veremos en Rimini.

—Bien, señor.

Luego, Melvin miró a Bridget y dijo:

—Es todo, Bridget. Hasta la vista.

Bridget se humedeció los labios y vaciló un poco. Por fin, murmuró:

—Suerte, Melvin.

Melvin esbozó una leve sonrisa y se metió en el auto negro. No se movió hasta que el «Jaguar» desapareció de su vista. Fue entonces cuando Melvin empezó a buscar en el auto. Aquel rincón, en el camino poco utilizado, era casi una garantía de discreción.

En efecto, sin el menor incidente, Melvin se fue transformando. Lo primero que hizo fue convertir su rostro, con el maquillaje especial y apliques de goma, en una cara un poco avejentada, con bolsas en las mejillas. Unas pupilas sintéticas, negras y una cabellera gris, abundante, completaron la caracterización del rostro.

Seguidamente, se desprendió de las ropas que llevaba puestas y rodeó su cuerpo con unos rellenos que hacían su cintura más gruesa y compacta, un camuflaje bien conseguido ya que de aquel modo disimulaba incluso la anchura de sus poderosos hombros.

Lo último que hizo fue vestirse: pantalón gris, polo azul y una cazadora de ante, con dos cremalleras en diagonal. Parecía un tipo de unos cincuenta años, fuerte aún y corpulento. Las lentillas de contacto negras le proporcionaban un aire casi siniestro.

Tomó sus ropas, se alejó un poco y las enterró.

Instantes más tarde, se encontraba conduciendo el «Citroën», en dirección a Cannes. Realizó un rodeo y atacó las cuestas de la carretera del Col de St.-Antoine, para llegar a Montfleury alrededor de las doce. En Montfleury, en un discreto chalé perdido en la ladera de la montaña, estaba Olga. Aquel chalé de Montfleury debía haber sido utilizado para su reunión con París. Iba a servir para otra cosa.

Llegó al chalé, dejó el coche entre unos pinos y fue hacia la construcción, de aspecto abandonado. Persianas cerradas, jardín seco, ausencia de movimiento... Melvin entró en la casa y fue hacia la habitación del fondo. Abrió la puerta. Allí estaba Olga, en penumbra, atada y amordazada. Tenía huellas de llanto en los ojos. Las piernas al descubierto ya que en su posición el camisoncito no daba para más. Se había movido tanto que un seno escapaba por el escote del camión.

—Siento haberle causado tantas molestias —dijo Melvin, en ruso—. Traigo ropas para usted y podrá comer algo. Voy a desatarla.

Dejó el paquete que llevaba en las manos sobre un sillón cubierto por una sábana, para protegerlo del polvo y procedió a dejar en libertad a Olga. La cual, estremecida, se limitaba a gemir. Se cubría muy asustada. Dada la impresión de que sería incapaz de pronunciar una palabra coherente.

—Vístase —ordenó Melvin.

Ella, mordiéndose los labios, obedeció. Le sentaba bien aquella

especie de chaleco de fibra y el pantalón claro, que se ceñía más de lo previsto a sus restallantes formas de cadera y muslos. Olga se quedó por fin mirando, a Melvin a los ojos, pequeños y negros.

—Explíquese —exigió Melvin.

—Ya sé que es inútil... Haga lo que haga, me mata rá...

—No decida su propia suerte: eso es cosa mía.

—Yo no he hecho nada contra Rusia... Ni mi padre.

—¿De veras? —inquirió Melvin, sin comprometerle, esperando sonsacar a la joven rusa sin cometer ningún error.

—¡Es la verdad! Huimos, es cierto, pero..., sólo eso. Ustedes saben muy bien que mi padre se niega a cualquier operación que perjudique a Rusia. No sólo eso: Las ventajas también las ofrece a Rusia... ¡No somos traidores!

—Desertores. Es sólo una diferencia de matiz. Pero vayamos a puntos más urgentes e importantes. Si ustedes quieren defenderse, tendrán tiempo de hacerlo, en Moscú. No vi en la villa de Croix-Bergues a su padre. ¿Está en otro lugar?

—No. Pero..., pero usted le matará...

—No diga tonterías. Debería tener nuestra inteligencia en mejor concepto. ¿No comprende que su padre es un hombre muy útil? Así pues, digamos que con él utilizaremos guante blanco. Medios de persuasión pacífica. ¿De acuerdo? No lo piense mucho.

Olga tragó saliva.

—Quisiera..., quisiera fumar un cigarrillo —musitó—. No sé si es peor: estar allí, prisionera, o aquí con usted. Aquella gente me daba miedo. Aquel hombre me... me miraba de un modo...

Melvin arqueó una ceja, gris, como el cabello. Tendió el paquete de cigarrillos a Olga y mientras le ofrecía fuego, inquirió:

—¿Ha dicho prisionera?

—Sí, así es. Es una prueba más de que mi padre y yo no somos traidores. Caímos en manos de los Croix-Bergues, buscando salir de Europa. Mi padre cometió el error de hablar demasiado, aunque tiene una excusa: para poder huir, tenía que prometer... Habló de su descubrimiento y Croix-Bergues, entonces, nos retuvo. Mi padre, cuando se dio cuenta de la trampa, quiso marcharse, pero los Croix-Bergues se lo impidieron. Le presionaron conmigo, me retenían... Si mi padre realizaba algún intento de fuga yo quedaba como rehén. ¿Comprende?

Melvin la miraba con fijeza.

Ciertamente, aquello era verosímil. Ni siquiera la dejaron aparecer ante el invitado Sinclair. Y una prueba casi definitiva: la fotografía no mentía cuando Olga lloraba, por razones ya al descubierto. Estaba retenida, amenazada, al igual que su padre.

—Y mi padre —dijo ella, casi llorando—, acepta en parte la situación, pero exigiendo que su trabajo no perjudique a Rusia... ¡No somos traidores!

—Entiendo —gruñó Melvin—. Dígame dónde está ahora su padre. Trataré de arreglar esa situación. Responda: ¿dónde está?

—En el invernadero.

—¿Es posible? No me ha parecido muy grande.

—Yo no he estado, pero creo que hay un sótano.

—Ya. ¿Cómo realizan las operaciones?

—Ignoro todo eso. Es la única verdad. Yo era maestra, en un pueblo a veinte kilómetros de Moscú... Lo único que hice fue no dejar solo a mi padre. Créame: miles de veces me he reprochado el no haber luchado más para convencerle de que no debía huir de Rusia.

—Entonces, usted ignora por completo todo lo relativo a la forma de llevar a cabo las operaciones.

—Así es. Sospecho que los Croix-Bergues hubieran acabado por matarme. No son madre e hijo, desde luego. Ella me odia y él en cualquier momento hubiera querido obtener de mí... el placer de mi cuerpo...

—¿Nunca le han dado explicaciones?

—No.

—¿Y su padre?

—Apenas le veo. Pero tampoco me ha dicho nada.

—¿Y usted, por su cuenta, tampoco ha tratado de descubrir algo?

—Confieso que sí. Y en realidad, estoy muy confusa. Lo único que puedo decirle es que se produce un ruido raro en la piscina, de vez en cuando. Siempre por las noches. No lo he identificado... No sé qué están haciendo.

—Intentaré ayudar a su memoria —dijo Melvin—. ¿Ha oído hablar de boyas transparentes y giratorias?

Ella parecía sorprendida.

—No... No, no estoy segura.

—¿De algún buque especial, quizá de un submarino?

—No...

—¿Puede describir esos rumores que se producen en la piscina?

—No sé... Como si la llenaran o la vaciasen, muy apagado. No obstante, no ocurre nada en la superficie, siempre aparece igual. Alguna vez he intentado bañarme, pero me lo han impedido. Tampoco invita mucho, porque la piscina ni es atractiva, ni tiene el agua muy limpia. Es todo lo que puedo decir.

Melvin encendió un cigarrillo, reflexionando. Los datos proporcionados por aquella rusa, si bien aclaraban algunos aspectos de la situación, no eran en exceso importantes. En todo caso, datos de localización. Invernadero y piscina parecían los puntos clave.

Miró a Olga con fijeza y dijo:

—No se mueva de aquí. Insisto: no habrá ejecución.

Y antes de que ella pudiera decir una palabra, abandonó la estancia. Fue hacia el vestíbulo y a la pieza que comunicaba con éste, un despacho en desuso. Lo único importante de allí y además en servicio, era el teléfono. Lo tomó, pareció concentrarse y luego, despacio, marcó un número. Esperó unos segundos. Oyó una voz femenina, que reconoció en el acto: la voz de Michéle.

—¿Diga?

Colgó el teléfono. No le interesaba hablar con Michéle. ¿Razones? Un plan improvisado: la rusa le había hablado de los Croix-Bergues. Michéle podía sentir celos de Roger, a causa del interés de éste por la bellísima rusa.

Esperó unos quince minutos, antes de volver a llamar.

Aquella vez, fue Roger quien tomó el aparato.

—¡Alló!

—*Madame*, ¿qué hago con ella...? —susurró Melvin.

—¿Qué dice? ¿Quién es usted?

—*Madame*... ¿No es usted, *madame*?

—¿Quién llama?

Melvin colgó el teléfono, con una vaga sonrisilla en los labios. Era suficiente con aquello.

Luego, tranquilo, se sentó, tomó papel y bolígrafo y tras pensar un poco, empezó a trazar un plano: una referencia completa de la villa y de su situación con respecto al mar. Situó la villa, la piscina,

el invernadero, la rada... Recordó la extraña posición de la piscina, casi sin sol. Por lo visto, tenían sus motivos para haberla construido en tal posición.

Una vez realizado el plano, Melvin fue trazando líneas, sucesiones de puntos, en plan provisional, hasta que llegó a formarse una idea del conjunto. Y también un plan para su próxima actuación en aquella villa.

Era algo más de la una cuando dio por finalizada su labor y regresó a la estancia donde se hallaba Olga. La encontró sentada aún en el mismo sitio, con el rostro entre las manos. Miró a Melvin, que avanzaba hacia ella.

—He estado pensando que quizá yo podría ayudarle en algo —murmuró la muchacha.

—¿En qué?

—No sé... Por el momento, camarada —su mirada se dulcificó—, me parece que estás demasiado solo.

—¿Qué quieres decir? —Alzó las cejas el falso ruso.

—He estado pensando en ti... No voy a decir que no he estado pensando en mí misma y en mi padre, en una solución. Si no me has mentido, mi padre no corre peligro en Rusia y yo quiero regresar. No somos traidores: simplemente, cometimos un error. ¡Si pudiera hacer algo para borrar ese error...!

—Quizá lo estás haciendo ya con tus palabras —murmuró Sinclair—. ¿Qué es lo que has estado pensando sobre mí?

—Ya te lo he dicho: que estás demasiado solo. Un hombre solo, lejos de la patria, rodeado de enemigos, haciendo un trabajo tan comprometedor, tan peligroso como el tuyo... Quiero decir que supongo que tratarás de sacar a mi padre de la casa de esa gente, de los Croix-Bergues.

—Quizá.

—Si lo intentas, ten cuidado: tienen gente muy peligrosa, me parece. No sé exactamente cuántos hombres hay por allí de vigilancia, pero no creo que sean menos de seis. Y seguramente hay más en el invernadero.

—Si decido iniciar alguna acción, lo tendré en cuenta —sonrió Sinclair—. ¿Tienes apetito? Puedo ofrecerte poca cosa, pero...

Se calló.

Olga se había puesto en pie y se acercaba a él, que deslizó la

mirada por el prieto busto ceñido por la ropa, la roja boca, las piernas llenas que atirantaban los pantalones... Ella se detuvo ante él y se abrazó a su cintura.

—¿Cuál es tu nombre, camarada? —susurró.

—Vitali Savelich.

—Pues bien, camarada Vitali, si deseas algo de mí...

—Escúchame bien, Olga: no estoy acostumbrado a que me tomen el pelo, así que...

—¿Por qué dices eso? —exclamó ella.

—Sea lo que sea lo que yo vaya a hacer ya está decidido. No tienes por qué tratarme como a un estúpido capaz de perder la cabeza por un par de pechos bonitos.

—No es eso... De verdad que no es eso. ¡Qué tonto eres...! —Se echó a reír de pronto—. ¿No comprendes que no me estás engañando? Bajo, ese disfraz he adivinado en ti a un hombre joven y fuerte y yo... he pasado tanto miedo, tanta angustia esos días, que... que estoy... deseando sentirme protegida por un hombre fuerte como tú... ¿No quieres protegerme, Vitali?

Sinclair se quedó mirando atentamente a la rusa, sin responder. Ella se apartó, de pronto y comenzó a quitarse la ropa. Cuando terminó, se pasó las manos por las caderas, entornó los ojos y suspiró.

—¡Me he sentido tan triste estos días...! —suspiró de nuevo.

El falso ruso comenzó a sonreír.

—La verdad es que detesto la tristeza, Olga.

—Pues puedes ponerle fácil remedio ahora...

—Está bien.

Vitali Savelich procedió a cerrar la ventana, de tal modo que la habitación quedó prácticamente a oscuras. Sólo se veían las siluetas.

Segundos más tarde, cuando abrazó a Olga, ésta volvió a suspirar y buscó, con su roja y llena boca, la del espía americano... La encontró, naturalmente.

En realidad, Olga encontró todo lo que estaba buscando.

* * *

—¿Estás dormido, Vitali?

Junto a ella, Vitali Savelich respiraba lenta y profundamente, con una regularidad admirable. Una manita de Olga se deslizó por

la espalda del espía y lo movió suavemente. Nada. No hubo reacción alguna.

Sin esperar más, Olga abandonó el lecho, cuidadosamente, evitando cualquier sacudida de éste, o ruido. A tientas, llegó adonde Vitali había dejado sus ropas y buscó entre ellas, hasta encontrar la pistola. Luego, se acercó a la ventana y la abrió un poco más...

—¿Qué...? —Oyó la voz de él, torpe, indecisa.

Olga le apuntó rápidamente con la pistola.

—¡No te muevas! —exclamó—. Si lo haces, te... te mataré...

Vitali se sentó en la cama, lentamente. Olga se llevó entonces la primera sorpresa: efectivamente, aquel cuerpo era joven, musculado, bello y fuerte, pero, el rostro de Vitali seguía siendo el mismo, ojos oscuros, cabellera gris...

—De modo que era esto lo que pretendías —murmuró él.

—¡Sí, esto era, porque tú... tú no eres ruso! ¡Eres americano!

—Vaya —movió la cabeza Sinclair—. Tendré que perfeccionar todavía más mi pronunciación de tu idioma. En efecto, soy americano. Pero no impide que esté dispuesto a ayudarte. Mi objetivo...

—¡Tu objetivo es matar a mi padre, lo sé! Por eso quieres sacarlo de la casa de los Croix-Bergues... ¡No te muevas, o dispararé!

—Tranquilízate —se puso en pie Sinclair—. No tengo la menor intención de matar a tu padre, ni a nadie, siempre que pueda evitarlo. Lo peor que podría ocurrírseme con respecto a él sería ponerlo rumbo a Estados Unidos para...

—¡No te acerques, te digo!

—Será mejor que me entregues la pistola ya que...

Olga apretó el gatillo.

Clic, sonó metálicamente la pistola... Clic, clic, clic...

Sinclair llegó ante la aturdida muchacha y le quitó el arma, sin brusquedad, casi amablemente, terminando la frase:

—... Ya que de nada puede servirte, puesto que está descargada. Vamos, vamos, Olga, ¿qué te creías? Yo llevo muchas horas de vuelo por los... cielos del espionaje para que una chica como tú venga a darme lecciones. De todos modos, no te lo voy a tener en cuenta, pues comprendo tu amor por tu padre. Eres una buena chica, una buena hija y una cariñosa personilla.

—¡Te... te has burlado de mí...!

—No seas injusta. Yo, simplemente, he seguido el juego que tú has querido imponer. Tenía que dejar pasar unas horas y me pareció cruel rechazar a una muchacha tan necesitada de protección como tú...

—¡Te estás burlando de mí!

—Pero cariñosamente. Bien ya tengo que marcharme. Tú te quedarás aquí, bien atada y amordazada, esperando mi vuelta o la llegada de otras personas que se ocuparán de ti. Pórtate bien. Y..., gracias por tu... afecto. Eres la chica rusa más apasionada que he conocido. No me extraña que Roger te mirase de un modo especial...

CAPÍTULO VIII

Ya había oscurecido cuando Roger entró en la magnífica villa, dirigiéndose rectamente al salón. Allí estaba Michéle, con un largo vestido que ocultaba sus delgadas piernas, muy blancas. Ella estaba sentada y su expresión era reflexiva. Apenas miró a Roger, quien avanzó hacia ella, lentamente.

Por fin, Michéle alzó la mirada, que quedó fija en los ojos de Roger. La expresión de éste era indescifrable en aquellos momentos. Roger se acarició la bien cuidada barba rubia y preguntó:

—¿Qué has estado haciendo esta tarde, Michéle?

—Vaya... ¿Te interesas por mí, ahora?

—ES una simple pregunta.

—Fui de compras. ¿No es lo convenido? Yo debo comportarme con toda naturalidad.

—Desde luego. Y yo también, claro. Aquí está todo preparado, hemos trabajado de firme. Calculo que el submarino llegará dentro de una hora, a lo sumo. Todo saldrá bien. La carga se efectuará, como en las dos ocasiones anteriores, sin tropiezos. Es algo magnífico, Michéle... Y una vez el submarino salga de aquí, nada hay que temer. Por tanto, digamos que en este aspecto la situación es buena. Quizá en otros no lo sea tanto.

—¿Qué quieres decir? —Lo miró vivamente Michéle.

—Quiero la verdad: ¿dónde has estado esta tarde?

—De compras. Puedo mostrarte mi última adquisición de ropa interior —ofreció, mordaz.

Roger hasta se permitió una sonrisa, que le salió más bien torcida.

—¿La llevas puesta? —inquirió.

—Pienso estrenarla esta noche y espero que sea de tu agrado...

Roger entornó los ojos.

—Dejemos eso. ¿Dónde tienes a Olga?

Michéle pestañeó.

—¿De qué estás hablando? —inquirió, con tono seco.

—Me explicaré. Esta mañana, alguien llamó por teléfono. Confundió mi voz con la tuya, según me parece evidente y preguntó qué hacía con ella... Decidí posponer esta cuestión, por el trabajo que había en el invernadero, pero, solucionado esto, vayamos a lo de Olga. Se desprende, por esa llamada telefónica, que tú, con la ayuda de un cómplice, tratas de retirar a Olga de la circulación. Eso incluso ha costado la vida a uno de nuestros hombres. Olga, como yo pensaba, no huyó por sus medios, ni mató a nadie. Fue tu cómplice. Y la tiene en un lugar que desconozco y no sabía qué hacer con ella esta mañana. Se asustó cuando entendió que yo no era *madame* y colgó el teléfono. No ha vuelto a llamar, claro... Sospecho que esta tarde te has entrevistado con él y con Olga. ¿En qué estoy equivocado?

—En todo —dijo Michéle, irguiendo el flaco busto.

—¿De veras? ¿La has asesinado, Michéle? Pues te has equivocado. ¿Qué le diremos a Nyshevsky?

—Mira, Roger...

—Cállate. Hay más. Dime: ¿conoces algo en la vida que dure siempre?

—Eso no viene a cuento y...

—Nada. Nada es eterno. Todo es provisional, efímero. Todo. Incluido, claro está, el amor. Y si no es amor, mucho más efímero aún. Digamos entonces, que lo nuestro ha llegado a su final. Está claro. Supongo: ya no habrá más exigencias por tu parte, ni concesiones por la mía. Para sustituirte, en una nueva etapa de mi vida, con un nuevo poder, con grandeza económica, Olga era mi ideal...

Michéle iba a ponerse en pie, pero Roger puso las manos sobre los hombros de ella y pareció aplastarla en el sillón.

—Siéntate, Michéle. Podrías desmayarte... Lo único que puede ser un inconveniente, es que esta situación se presenta en momentos algo difíciles. Nunca olvido a mis enemigos y sé que tarde o temprano la CIA americana caerá sobre nosotros. He tomado, pues, mis decisiones..., que no voy a participarte, puesto que no entras en

mis planes.

—En aquellos momentos, Michéle estaba muy pálida. Se daba perfecta cuenta de que Roger hablaba en serio, su mirada era fría, cruel incluso, en aquellos momentos. Adelantaba el mentón y la barba rubia parecía proyectarse hacia Michéle. La cabeza calva de Roger brillaba.

—Roger..., bromeas...

—Sabes que no, Michéle. Dime: ¿dónde tienes a Olga?

—Pero no es...

—¿Dónde? —estalló Roger.

—Roger... no sé nada de eso... Yo, yo... yo estoy arrepentida de haber iniciado esto... ¡Nos hundirá! Éramos felices a nuestra manera, hasta que tropezamos con los Nyshevsky, ¿no es cierto? El ruso habló demasiado, para que le ayudásemos a llegar a Estados Unidos. Nos cegó la ambición y vamos a perder lo mejor que teníamos: nuestra tranquilidad. ¿No eras feliz, Roger? ¿No puedes serlo de nuevo? ¡No debimos meternos en esto!

—Yo no lo lamento. Veo nuevos horizontes, así que discutir ahora por un pasado que no volverá, es inútil. ¿Dónde está Olga?

—¡No lo sé! Estás equivocado...

—De todos modos, pienso matarte. Siento hacia ti una repugnancia total, absoluta... Moriría de auténtico asco en cualquier momento, reventaría. ¡Tu sucia boca...!

Roger sudaba en aquellos momentos. Estaba detrás de Michéle y ésta, asustada, fue a volverse, pero las manos de Roger le habían agarrado el cuello.

Un cuello débil, muy débil, blanco, delgado...

—Ro... Roger... —gimió, con voz estrangulada.

—La encontraré... Ese tipo volverá a llamar... Y si está muerta, ésta es mi venganza: ¡adiós para siempre, bruja! Aunque no quiero parecer desagradecido: gracias por el poder que me has dado.

—Ro... Roger...

Sudoroso, enseñando los dientes en una mueca de ferocidad, Roger Croix-Bergues apretaba el cuello delgado y nudoso. Un cuello que era en sus manos un trágico juguete... Como la propia Michéle, que mientras moría, con el rostro amoratado, saltones los pequeños ojos, con todo el terror de la muerte asomando a las pupilas, parecía una vieja muñeca... Una muñeca vieja y maltratada por el

niño cruel que había jugado con ella.

Cuestión de un minuto. Quizá menos.

Estrangulada, rígida, Michéle quedó colgando de las manos de Roger. Y sólo entonces, éste empezó a pensar con lucidez: aquel cadáver, a menos que hiciera las cosas bien, podía costarle caro.

* * *

Eran órdenes de Roger Croix-Bergues: vigilancia por el interior de la villa y también vigilancia exterior. Llegaba el submarino y las precauciones debían extremarse al máximo.

De los vigilantes exteriores, dos, Aubry y Knittel, aquella sombra que recorría el jardín no se preocupó en lo más mínimo. Había entrado por tierra firme, saltando el muro con verja de hierro tras su minuciosa observación que le descubrió la posición de Aubry y Knittel, que parecían mucho más interesados por la vigilancia del mar.

Paciente, sin nervios, como si se hubiera convertido en acero, aquella sombra quedó a la espera.

Poco después, vio aparecer a Paúl. El criado llevaba una pistola en la mano derecha y una linterna en la izquierda.

De modo imperceptible, la sombra comenzó a moverse, buscando la posición ideal, esto es, aquella que le permitiría sorprender a Paúl por la espalda, en cuanto éste avanzara unos pasos más.

Con su extraño aspecto, casi gordo, con el cabello gris, Melvin Sinclair se preparó. Dejó que se redujera la distancia, puesto que un fallo podía costarle que se diera la alarma en la villa.

Se colocó la cerbatana entre los labios y pareció escupir. El dardo, magníficamente dirigido, fue a hundirse en la nuca de Paúl quien, fulminado, sin un grito, apenas con un aleteo de sus manos, cayó de bruces, quedando inmóvil.

Melvin le observó unos instantes. Luego convirtió la cerbatana en un vulgar bolígrafo, que metió en un bolsillo de la cazadora y siguió su camino. Sin vacilaciones, pero moviéndose con prudencia, se dirigió hacia el invernadero, dando un rodeo, puesto que había luz en el edificio principal.

Poco después, estaba ante los fuertes cristales del invernadero. Las luces principales estaban apagadas, pero había lámparas que

irradiaban potente calor, para ciertas variedades tropicales de plantas.

Tanteando los cristales, el agente de la CIA buscaba la entrada. Dio con ella y comprobó que estaba cerrada. Extrajo el bolígrafo, presionó sobre el resorte superior, como para sacar la mina y apareció una varilla dura y flexible, que introdujo en la cerradura, ésta resistió apenas diez segundos. Sin el menor chirrido, se abrió la puerta y Melvin quedó en el interior del invernadero, impregnado por el perfume de plantas y flores.

Se deslizó despacio, muy atento al sonido que producían sus pies. Tuvo que dar una segunda vuelta, antes de identificar el lugar que sonaba a hueco. Se inclinó, tanteó con las manos y descubrió la ranura.

Parecía que no tenía grandes probabilidades de entrar allí, pero, en determinado momento, tal vez al presionar involuntariamente algún punto clave, la trampilla se deslizó hacia un lado, dejando libre un hueco. Apareció un recuadro de luz, más bien escasa, pero suficiente para ver las escaleras metálicas que conducían al sótano.

Descendió.

Luego, quedó quieto, mirando aquella estancia bastante grande, que no parecía tener salida. Parecía un despacho. Había mobiliario, escritorio, sillones, todo en el fondo, desde donde provenía luz.

Era una lámpara de escritorio, que alumbraba a alguien que había allí, en el sillón giratorio. Melvin identificó a la persona: Michéle. Apenas le veía el rostro, pero era ella, estaba seguro. Quieta en el sillón, silenciosa.

De pronto sonó una voz en toda la estancia, por lo que Melvin no pudo descubrir exactamente de dónde provenía. Pero, a través del micrófono, sí reconoció la voz de Croix-Bergues:

—Le ha sido fácil entrar, ¿no es así? Tal vez le decepcione un poco saber que usted ha hecho sonar la señal de alarma, por lo cual me he apresurado a permitirle la entrada. Ahora, diga: ¿quién es usted?

—¿No habla ruso? —inquirió Melvin, en este idioma, sin alterarse.

—¿Ruso? Vaya... ¿Quién es usted?

—Iosif Bohdan.

—Usted no es el agente que ha concertado con nosotros esta

tercera operación, Bohdan. ¿Qué busca aquí? ¿Cómo nos ha localizado?

Melvin no respondió. Estaba mirando al frente, a Michéle. Ésta ni se movía... No había tan siquiera variado de postura en lo más mínimo.

—Responda a mis preguntas —ordenó Croix-Bergues—: ¿qué está buscando aquí? Se creen muy listos, supongo. Les dije que no intentaran averiguar nada sobre mí. Seré yo quien explote el poder, no ustedes. ¿No están satisfechos?

Melvin seguía sin despegar los labios. Estaba realizando un atento examen a su alrededor y se le iban poniendo los pelos de punta a medida que hacía nuevos descubrimientos...

—¿No quiere hablar, Bohdan? Pues voy a participarle algo: en lo sucesivo, no todos mis clientes serán rusos. Voy a imprimir un giro distinto al negocio. Y que nadie pierda el tiempo buscándome y menos en Cannes. Le deseo buena suerte, Bohdan. Ah: por supuesto, está libre. Puede salir cuando quiera. Adiós.

Se hizo el silencio.

Melvin había descubierto aquellas células fotoeléctricas a ambos lados de la estancia. Al atravesarlas, podía dejar libre cualquier clase de energía, de modo que no se decidía a avanzar. No se atrevía a retroceder tampoco, puesto que, era obvio, la amable invitación a salir no significaba otra cosa que una sentencia de muerte.

Lo único que podía hacer, para tratar de obtener una visión más amplia de la situación, era avanzar hacia donde se encontraba Michéle. Y tan sólo de un modo salvaría las células fotoeléctricas. Extrajo un pañuelo del bolsillo y lo echó hacia adelante, a ras del suelo. Cuando atravesaba por delante de las células, se produjo una viva luz lívida y el pañuelo quedó convertido en unos restos negruzcos, abrasados.

El sudor hizo su aparición por debajo del maquillaje del agente de la CIA.

Miró hacia atrás, sin atreverse a realizar ningún movimiento.

Se oyó primero una risa y luego la voz de Roger:

—¿No se decide a salir, Bohdan?

Melvin no hizo el menor caso.

Su mirada se posó en aquel objeto de decoración: algo como el

caballete de un pintor, con luz incorporada. Estaba a su izquierda, sólo a dos pasos. Tenso, Melvin avanzó aquellos pasos, sin que nada ocurriera. Antes de tocar el caballete, que era rodante, probó rozándolo con la cazadora, sin que nada ocurriera. Lo tomó, entonces y lo arrojó al suelo. Con la ayuda de los pies, consiguió desgajar unas de las fuertes barras de sujeción del caballete, cuya altura era aproximadamente la de un hombre.

Melvin tomó aquella barra de madera con el estilo de un campeón de salto de pértiga y aunque no podía tomar mucho impulso, inició la carrera. Cuatro pasos y un salto, lleno de poder, de fuerza, que le hizo, pasar por encima de la pareja de células fotoeléctrica situada a mayor altura.

Quedó al otro lado, conteniendo un suspiro de alivio, con la barra en la mano, como precaución indispensable para un salto en sentido contrario.

Sonó la voz:

—Le felicito, Bohdan. Ha descubierto la trampa.

—Hay muchas más —murmuró Melvin.

—¡No sea tan suspicaz, hombre! —rió Roger—. Vamos, salga.

Melvin estaba mirando a Michéle, ahora de cerca. Por el rostro del cadáver adivinó la causa de la muerte: estrangulación.

—¿Lo ha hecho usted? —inquirió—. Lo de Michéle.

—Quizá.

Melvin esbozó una leve sonrisa. Su plan de enfrentar a los Croix-Bergues había salido bien. Esperaba esa reacción por parte de Roger. No obstante, el éxito con respecto a lo demás era muy dudoso. Quizá acabase electrocutado en el sótano de aquel invernadero...

—¿No sale, Bohdan? —invitó de nuevo Roger.

Melvin avanzó un poco hacia el escritorio. Tuvo que saltar a un lado, con rapidez, con fuerza, para evitar el rayo casi cegador, fugacísimo, pero muy intenso, que partió de un globo terráqueo que estaba sobre la mesa del despacho. Tan sólo el estar mirándolo en aquellos momentos y descubrir el ligero giro, le salvó del mortífero láser.

No obstante, el novelista-espía no pudo permanecer quieto ya que el globo giraba de nuevo, en todas direcciones, con una movilidad aterradora, lanzando una y otra vez aquella línea

cegadora. El globo podía girar como un ojo en su cuenca y Melvin, tras dar varios saltos y rodar sobre sí mismo, quedó, por fin, detrás del cadáver de Michéle, atravesada por las líneas de la muerte.

El espía extrajo su pistola automática y disparó contra la base del globo terráqueo, destrozándola, derribando el globo al suelo.

Cesaron las líneas de la muerte.

La voz de Croix-Bergues sonó con ira aquella vez:

—No saldrá Bohdan. ¡No saldrá de ahí!

Melvin siguió observando a su alrededor. Podía haber alguna trampilla en el suelo... Agarró un cajón del escritorio y lo lanzó, resbalando por el suelo, sin que ocurriese nada. Probó aún con un segundo cajón, con el mismo resultado, pero no significaba que habían cesado las trampas. Abrió el tercer cajón y, en la parte frontal del escritorio se produjo una descarga cerrada: no menos de veinte balas, en distintas líneas, salieron de sendos agujeros camuflados. Las balas se perdieron inútilmente.

Melvin abandonó aquel refugio y tomó la barra del caballete que le servía de pértiga. Saltó por encima de las células fotoeléctricas y, pito en mano, avanzó hacia las escaleras metálicas. Se detuvo a unos pasos. De pronto, lanzó el palo, que inmediatamente quedó atrapado en una red que había descendido vertiginosamente. Red de malla metálica, con una pobre presa: un simple palo...

Y cuando Melvin estaba dispuesto a saltar hacia las escaleras, una parte del muro cedió, mostrando una abertura, en la que estaban Roger Croix-Bergues, sudando de ira y Hazard, ambos empuñando sus armas.

—Tengo que expresarle mi admiración, Bohdan —dijo, tenso. Croix-Bergues—. Camine hacia aquí, con las manos en alto.

Melvin no tenía más alternativa que obedecer. Veía a los dos hombres prestos a disparar y aquella vez no parecía que hubiera de acompañarle el éxito. Estaban muy cerca y las escaleras metálicas un tanto alejadas.

—Pase por aquí.

Melvin se encontró en un pasillo, revestido en algunas partes con cemento, el resto era roca.

—Las manos en la pared y separe de ella el cuerpo y los pies. Regístrale, Hazard.

Hazard desposeyó a Melvin de la automática, tan sólo, La

guardó en un bolsillo y luego lo empujó hacia el fondo del pasillo, siguiendo una indicación de Croix-Bergues. Las pisadas de los tres hombres resonaban lúgubrementemente en el silencio del subterráneo.

CAPÍTULO IX

La paciencia de Croix-Bergues pareció llegar a su límite. Ante el silencio de Melvin, adelantó la diestra, con la que soltó dos bofetadas, anverso y reverso, contra el maquillado rostro. Y más furioso aún, lo agarró por los cabellos, tirando de ellos, zarandeando la cabeza, gritando:

—¡Hable, hable, maldito! ¡Hab...!

Quedó quieto, callado, mirando con expresión atónita aquella cabellera gris que había quedado en sus manos. Luego miró el cabello rubio, desgredado, un poco húmedo, de Bohdan. Súbitamente alargó de nuevo las manos y empezó a golpear el rostro del agente de la CIA, haciéndolo oscilar. Una de las pupilas sintéticas de Melvin saltó también y apareció un ojo gris ceniza, frío, inexpresivo, como si estuviera congelado. Croix-Bergues parecía impresionado por el aspecto de aquel ojo y el otro distinto. Hazard aún no salía de su asombro. Estaban en una antesala, a solas. Una antesala casi desnuda, en la que Melvin Sinclair se encontraba sentado en un taburete y los otros dos frente a él, pistola en mano de Hazard.

—Bueno... Debe sentirse muy halagado ante mi manifiesta sorpresa, *monsieur* Sinclair. Es... increíble. De veras, increíble. Necesito tiempo para reaccionar.

—Quizá sería mejor que aprovechara su tiempo tratando de huir —sugirió Melvin.

—Sí, sí, quizá... Hasta su voz es distinta ahora. Maravilloso, Sinclair. ¡Maravilloso! ¡Ah, cuánto siento haber matado a Michéle...! Se ha perdido una gran sorpresa. ¿Estaba jugando a algo, Sinclair? ¿O, quizá, pertenece a la CIA?

—Sí. Sin quizá.

—Magnífica jugada... ¡Magnífica!

—Tal vez lo sea.

—Si, cabe la posibilidad. De todos modos, voy a solucionar esta peligrosa situación. Voy a deshacerme de usted, *monsieur* Sinclair. Va a lamentar amargamente haber emprendido esta aventura... Sólo quiero que me diga una cosa: ¿dónde está Olga?

—Rumbo a Washington.

Croix-Bergues encajó las mandíbulas.

—Pues usted irá rumbo al infierno. En marcha. Por aquí, Sinclair.

Pasaron a una estancia ocupada por un solo hombre que ni siquiera se volvió. Quizá no los había oído. En todo caso, estaba atento a su trabajo, ante unas esferas numeradas, que debían controlar alguna medición. Había una caldera, con aparatos auxiliares y destacaban aquellos dos grandes tubos, que se perdían por una galería.

—¿Qué contienen las boyas? —preguntó Melvin.

Croix-Bergues soltó una risita satisfecha.

—¿No lo han podido averiguar?

—Ya se han hundido dos barcos. Dos importantes, Croix-Bergues. Uno de ellos, el primero, transportaba armas para cierto país que no es necesario mencionar. El segundo, ácidos industriales, muy caros..., para el mismo país. El Falgade no sé qué transporta.

—El Falgade... Entonces, descifró el mensaje de las perlas.

—Ya lo ve.

Croix-Bergues miró a Hazard.

—Poco convincente tu actuación, Hazard, ¿no crees?

—Pensé que...

—Calla ahora. Entonces, la CIA vigilará la marcha del Falgade. ¿No es así, Sinclair?

—No lo dude.

—Agradezco esta información... Es muy importante, sí. Probablemente no se lleve a cabo esta operación: sería un riesgo cierto e inútil. Usted pensará que no somos demasiado duchos en estas cuestiones, Sinclair.

—En absoluto.

—Compréndalo, somos una organización nueva... Pero, estamos adquiriendo experiencia, conocimientos. Lo principal, sin embargo,

es el poder de que disponemos. ¿Ha preguntado qué contienen las boyas? El profesor Nyshevsky podría explicárselo con todo detalle, en el aspecto técnico. Pero no vale la pena entrar en tantos detalles. Simplemente, el profesor ha conseguido un líquido corrosivo cuyo poder ya conocemos y que requiere la inversión de mucho dinero, para su obtención. ¿Ve las instalaciones? Ahí se produce el líquido y por esos tubos, que, como todo el material que empleamos, está dotado de toda clase de revestimientos anticorrosivos, el líquido pasa al depósito...

—A la piscina —precisó Melvin.

—¡Exacto! Aunque no se mezcla con el agua, naturalmente. El fondo del agua es una especie de cristal un material transparente, como el de las boyas, resistente a la corrosión. Usted mira al fondo de la piscina y no ve nada anormal, porque, como le digo, es un material plástico transparente. El líquido, asimismo, es incoloro... ¿No es ingenioso, *monsieur* Sinclair?

—En efecto.

—Celebro que lo admita. Uno de los tubos que parte de la caldera va a la piscina, una vez enfriado el líquido corrosivo. El otro tubo, absorbe líquido por los mandos que está accionando el profesor y, el líquido absorbido por ese segundo tubo, conduce a la rada, donde hay dos aberturas, perfectamente revestidas, con tubos que se acoplan al costado de un submarino, que carga el líquido. Ya en alta mar, ese líquido es trasladado a las boyas transparentes. Éstas, por simple control magnético, siguen al buque marcado y obedecen las órdenes del submarino: giran, giran y..., riegan el casco del buque, el cual no puede resistir la corrosión que se produce poco después.

Melvin, inexpresivo, miró al ruso, que manipulaba aún con sus cosas, ajeno a todo. Las instalaciones, ciertamente, habían sido bien ideadas. Las calderas y aparatos auxiliares de producción, los tubos distribuidores, el almacén, o piscina con fondo falso... Luego, en la rada, los distribuidores para el submarino, que cargaba con las boyas...

—¿Qué hace el submarino cuando suelta las boyas? —preguntó el americano.

—Las sigue y las recoge.

—Es extraño. No es detectado...

—Cuidamos los detalles. Sinclair. El submarino es de bolsillo y lo hemos equipado con equipos «antirradar» y «antisonar».

—Comprendo. Recoge las boyas, desaparece sin haber sido descubierto y el barco, poco después, con espantosas vías de agua que penetran por el corroído y agujereado casco, se hunde... Se han salvado muy pocos náufragos, Croix-Bergues. ¿Lo sabía?

—Ciertas cosas no me interesan.

—Ya... Y ahora están cargando un submarino que se hará a la mar en busca del Falgade, soltará las boyas y... Es muy fácil, ciertamente. Y sus operaciones las pagan los rusos.

—Así es. Ellos no me conocen. Tomo mis precauciones. Casas que abandono para siempre, claves en anuncios en los periódicos... No me descubrirán nunca.

—Le felicito por su optimismo, Croix-Bergues.

—Muchas gracias. Hablemos de usted ahora: Va a desaparecer. Para siempre. Puesto que matarle aquí es un engorro y no quiero adquirir la más mínima notoriedad, va a conocer su suerte: será embarcado en el submarino. Su cadáver, dentro de tres, cuatro, o cinco días, aparecerá flotando en el Atlántico. Muy lejos. Si le encuentran y le identifican, nadie se explicará lo ocurrido. Y si no le encuentran... En fin, *monsieur*, lo importante es que usted, de aparecer, lo haga tan lejos de aquí que nadie, ni remotamente, pueda sospechar lo ocurrido. No es muerte de novelista famoso, lo lamento.

—No sabía que los novelistas famosos disfrutaban de muertes especiales.

—¿Bromea? ¡Magnífico! ¿Siente curiosidad por algo más?

Melvin miró en torno. La caldera y aparatos auxiliares, los tubos, la instalación de esferas medidoras de líquido... Por lo visto, el control de todo el proceso de fabricación y distribución de líquido corrosivo se encontraba en aquella planta del subterráneo, debajo de la Villa.

—¿Cuánto le pagan los rusos por sabotaje?

—De momento, diez millones de francos.

—Estados Unidos le ofrece el doble.

—Una oferta tentadora, *monsieur*... Pero que no me es posible aceptar.

—¿Por qué razón?

Croix-Bergues miró al ruso, que entonces sí miraba hacia ellos, con un centelleo en los ojos, tras los cristales de sus gafas.

Melvin, con voz sin matiz alguno especial, dijo, mirando al científico ruso:

—Su hija ya estará aterrizando en Washington, profesor. ¿No es eso lo que ustedes deseaban?

—Yo nunca he dicho... —empezó el científico ruso.

—Cuide los controles, Nyshevsky —cortó Croix-Bergues—. Usted, Sinclair, salga de aquí. Camine.

—Espere, Croix-Bergues —dijo el científico, expresándose en un mal francés—. Tengo perfecto derecho a saber con exactitud lo ocurrido con Olga.

—Ya se lo he dicho: está en Washington. Es obvio que los preparativos para empezar a evacuar esta villa son urgentes. Por tanto, es mejor que no pierda el tiempo. Le sugiero, profesor, que escriba su fórmula para conseguir el líquido corrosivo de su invención. Podría ocurrir algo y...

—Me niego —dijo, con firmeza, Nyshevsky.

—Vamos, vamos... Hemos sido amigos, socios... Lo somos aún, ¿no es cierto?

—No lo haga, profesor —intervino Melvin—. Escribir la fórmula sería la rúbrica de su sentencia de muerte. Eso sí, le aconsejo que se dé prisa en salir de aquí. Huele a demolición... Puedo probarle que *monsieur* Croix-Bergues no es muy agradecido a sus socios y bienhechores. Tenemos, por ejemplo, el caso de Michéle: la ha estrangulado.

—Ella se lo buscó —sonrió Croix-Bergues—. Quería hacer daño a Olga.

—Lo dudo. Michéle era más inteligente que usted, Croix-Bergues. Olga era un buen rehén que usted no ha sabido conservar. —Melvin encogió los hombros y agregó, metiendo la mano en el bolsillo de la cazadora, para extraer el bolígrafo—. De todos modos, profesor, escriba la fórmula si quiere. Aquí tengo un bolígrafo.

—No lo haré.

Mientras Croix-Bergues, furioso, miraba al profesor. Melvin se llevaba el bolígrafo a la boca, mirando a Hazard, que estaba pendiente del profesor en aquellos momentos, temiendo complicaciones.

Hazard confirmaba la opinión de Croix-Bergues, con respecto a la inexperiencia de la organización: no debió olvidar nunca de dónde podía provenir el auténtico peligro.

Melvin Sinclair pareció escupir, con gesto apenas perceptible.

Durante dos segundos, pareció que nada había ocurrido, sólo que Hazard estaba tambaleándose, con la vista extraviada y un fino hilillo de sangre en el cuello, donde le había penetrado el mortífero dardo. Croix-Bergues aún no comprendía lo ocurrido cuando Hazard se desplomó, muerto, con la boca angustiosamente abierta y las manos aferradas al cuello.

Y antes de que Croix-Bergues pudiese reaccionar, el agente de la CIA dio un salto hacia donde vacía Hazard y agarró la automática que éste había soltado.

Intensamente pálido, muy abiertos los ojos, Croix-Bergues empezó a sudar, el profesor no sabía a qué atenerse.

Melvin le miró de soslayo y dijo:

—Me complacería mucho aprender el manejo de los controles, profesor. ¿Le importaría enseñarme?

—¿Qué pretende con esto?

—Es sólo mi sed insaciable de ciencia.

El ruso miró a Sinclair y a Croix-Bergues alternativamente. No sabía qué hacer, pero Melvin Sinclair sí sabía lo que él tenía que decir para convencer al ruso.

Y lo dijo:

—No pierda mucho tiempo: su hija le espera en Washington.

CAPÍTULO X

El pequeño submarino, casi fondeado, estaba muy cerca de las rocas de aquella rada, de la que sobresalían los tubos que se acoplaban perfectamente a las admisiones de líquido construidas en el casco.

Los sirvientes del aparato, tres en total, se habían limitado, como las veces anteriores, a acoplar los tubos, dejando el resto en manos del ruso que manipulaba con los controles y el líquido. Estaban en el compartimiento del depósito de líquido, que ellos, luego, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que tenían, trasladaban a las boyas, que estaban amontonadas a un lado y que sólo adquirirían su forma esférica cuando se llenaban de líquido. Hasta entonces, parecían simples balones deshinchados, aunque de mayor tamaño.

—¿Tenemos preparado el rumbo? —inquirió uno de los sirvientes.

—Sí.

—Tengo ganas de salir de aquí. Mientras navegamos al menos nos podemos permitir emerger y respirar un poco de aire puro.

—Cuestión de minutos ya —gruñó un tercero.

Miraban el depósito, por supuesto hermético, esperando. No veían el nivel del líquido, porque el material del depósito era el mismo que el de los tubos de conducción, es decir, opaco.

—Hoy tardan demasiado.

—¿Llamamos?

—Esperaremos un poco más... ¡Un momento, algo ocurre!

Era un siseo extraño. El depósito, que hasta el momento había sido hermético, dejó escapar una gota, otra, otra.

—¡Le están dando demasiada presión! ¡Debe llegar el tubo lleno y este depósito no admite esa presión!

—¡Avisa inmediatamente! ¡Que cierren el paso de líquido!

El aviso llegó tarde: el depósito reventó, estalló con violencia, sometido a una intensísima presión, el líquido saltó en tromba, casi inundando el compartimiento, formando una especie de lluvia fría y viscosa, que alcanzó de lleno a los tres hombres y por el tubo acoplado seguía penetrando líquido, a tremenda presión.

—¡Emerger, emerger...! —chillaba uno.

Otro de ellos, caído, estaba cubierto por el líquido corrosivo. El tercero resbaló y no pudo llegar a agarrarse con las manos a las escalerillas metálicas. Su grito fue espantoso. El tercero, recibiendo la ducha de líquido corrosivo, ahogándose, vio desaparecer la cabeza de los otros dos...

De la suya propia, nunca supo nada más.

El compartimiento ya era escaso para la cantidad de líquido que entraba a presión.

* * *

El profesor Nyshevsky, obviamente, se dio cuenta de la maniobra de Melvin, quien colocó los controles a tope y los mantuvo, como olvidados, en aquella posición. De ahí que se abalanzara hacia Melvin, gritando:

—¿Qué está haciendo? ¡Saltará el depósito y morirán...!

Melvin extendió el brazo izquierdo, que fue una barrera infranqueable para el ruso, el cual pugnó en vano por avanzar hacia aquellos controles de entrada de líquido y presión del mismo. En cuanto a Croix-Bergues, palidísimo, sólo hacía que dirigir miradas hacia la salida de aquella estancia-laboratorio.

—Supongo que el líquido que penetre en el submarino acabará por corroer los materiales —dijo Melvin.

—¡Claro que sí! ¡Se hundirá!

—Magnífico. Esas otras esferas, supongo, deben corresponder al almacén principal, es decir a la piscina... No se moleste en negar, profesor —se acercó a los controles y colocó todas las agujas al máximo, de la caldera a los tubos, a toda presión y de allí al almacén, es decir, al falso fondo de la piscina, una vez hubo manipulado con las esferas medidoras, ordenó—: Ahora, salgamos. Adelante, profesor. ¡Vamos!

—Usted no sabe lo que ha hecho... Si no detiene esos medidores,

si no baja esa presión y corta la entrada de líquido, reventará la piscina... Estamos bien aprovisionados, el almacén está prácticamente lleno, no admitirá más entrada ya esa presión, reventará.

—¿De veras? ¡Salgan!

Tuvieron que caminar, ante la amenaza de Melvin. El profesor, por el corredor, aún rezongaba, mientras que Croix-Bergues, al parecer sólo estaba atento a una oportunidad para huir. No olvidaba, además, que en el exterior aún tenía gente.

Cuando llegaron a la entrada, a la sala de las trampas, Melvin les detuvo. Miró hacia donde el cadáver de Michéle, luego, de soslayo, fríamente, a Croix-Bergues.

—¿Qué pensaban hacer con el cadáver de Michéle?

—Lo dejé aquí provisionalmente... Me habría deshecho de ella. Antes tenía que estudiar algo que justificara su ausencia.

—Vaya a buscarla.

Croix-Bergues respingó.

—No... no puedo... ¡No puedo! ¡Usted sabe que están ahí las células fotoeléctricas y...!

—No me haga perder el tiempo. Si yo pude atravesarlas, hágalo usted también. Vaya a buscar el cadáver.

—¡No puedo!

Melvin avanzaba hacia Croix-Bergues. Éste retrocedía, de espaldas a las células fotoeléctricas, pero recordando el peligro, quedó quieto, mientras Melvin seguía avanzando hacia él. Empapado en sudor, reluciente la cara y el calvo cráneo, Croix-Bergues miró a derecha e izquierda, buscando una salida para aquella situación. Melvin estaba ante él, a sólo una yarda de distancia.

—¿Qué espera, Croix-Bergues? —Sonó su voz implacable.

En aquel mismo instante, el profesor, un poco torpe, trató de alcanzar las escaleras. Melvin sólo le miró de soslayo y Croix-Bergues trató de aprovechar el pequeño lapso: quiso saltar a la izquierda de Melvin, pero éste, como una roca, se situó en su camino. El francés chocó y rebotó fuertemente, gritando y tambaleándose. Era curioso verle hacer aquellos equilibrios, a sólo un palmo de la zona controlada por las células. Por un momento, pareció que conseguiría ir hacia adelante, evitándolas, pero con un

último grito agudísimo, acabó de perder el equilibrio y cayó de espaldas...

Fue un débil grito, casi al unísono.

Primero, fue el de Croix-Bergues, que atravesó las parejas de células fotoeléctricas... Y si el efecto del pañuelo había resultado impresionante, infinitamente más fue lo ocurrido con Croix-Bergues, cuyo cuerpo produjo el cortocircuito fatal: quedó achicharrado, arrugado como un pedazo de carbón, en el suelo, al otro lado de aquella barrera.

El segundo grito había sido proferido por el profesor.

Melvin se volvió vivamente y su mirada, por unos instantes, quedó fija en aquel cuerpo que estaba, clavado en el hueco de las escaleras metálicas... Por lo visto, no todas las trampas habían funcionado antes. Quedaba la última, en la que había caído Nyshevsky: al poner el pie en el primer peldaño de las escaleras, media docena de cuchillos habían brotado de la pared y tres de ellos estaban clavados en el escuálido cuerpo del ruso, que ya muerto, estaba deslizándose aún, sin acabar de caer al hueco.

A poca distancia, aún estaba la red metálica con el palo y Melvin, sin confiarse en lo más mínimo, fue en busca de los restos del caballete decorativo, con los que estuvo presionando los restantes peldaños, sin que se produjera incidente alguno.

Miró al ruso y luego hacia atrás, a Croix-Bergues y a Michéle, ésta aún sentada en el sillón y Croix-Bergues convertido en algo irreconocible...

Melvin ya no esperó más. Comenzó a subir las escaleras y apareció en el invernadero. Echó un vistazo al exterior, a través de los cristales, sin advertir la menor señal de alarma, así que salió también del invernadero.

El último obstáculo que le quedaba era el muro con la reja encima, nada importante. Poco después ya en el exterior de la villa, caminaba en dirección al lugar donde había dejado el «Citroën» negro.

* * *

—¿Qué son esas burbujas, Knittel? —inquirió Aubry.

—No sé. ¿Le puede estar ocurriendo algo al submarino? Está ahí, precisamente, justo bajo las burbujas.

La superficie de las aguas, en calma absoluta hasta entonces, empezó a agitarse: burbujas cada vez más grandes y con más fuerza buscaban la superficie, que parecía encontrarse en plena ebullición.

—Algo está ocurriendo. ¿Y si avisáramos?

—Será lo mejor. ¡Vamos!

Los dos hombres corrieron hacia el interior de la villa. Barbusse era el otro guardia interno, puesto que Paúl estaba muerto. Se unió a ellos, escuchó las explicaciones y los tres, entonces, se dirigieron hacia el invernadero.

Cuando pasaban junto a la piscina, ocurrió algo más, algo que les dejó empapados y confusos, notando la tierra temblar bajo sus pies. Fue una explosión sorda: la presión empujó hacia arriba el falso fondo y el agua de la piscina, que se esparció por el contorno, en forma de lluvia. Lluvia altamente peligrosa, dado que el agua estaba mezclada con parte del líquido corrosivo que había saltado por el aire.

Los tres hombres, súbitamente atrapados por aquella inesperada lluvia, no sabían qué hacer, a qué atenerse, sujetos a una gran confusión. Hasta que Barbusse se miró la mano derecha y gritó, aterrado:

—¡Mi mano! ¡La corrosión...!

Los tres hombres, desconcertados, aterrados, temblando, no sabían qué hacer... El primero en correr hacia el mar, de pronto, por si podía hacer algo por evitar lesiones, fue Knittel. Aubry, chillando de terror, le siguió, notando algo muy extraño en su rostro corroído.

Detrás de él, aullando, corría Barbusse. Llegaron corriendo al mar y se arrojaron al agua sin dejar de gritar.

Ya no salieron.

* * *

Melvin Sinclair salió del coche y caminó hacia el chalé, en el cual entró tras escuchar en torno, previendo cualquier posible cambio de situación que significaría una trampa, trampa que no existía.

Todo seguía igual.

Estaba a punto de entrar en la habitación donde se hallaba Olga cuando se detuvo en seco, haciendo un gesto de reproche hacia sí

mismo. Fue a la cocina y tomó unas cuantas servilletas. Con una de ellas se tapó el rostro, de nariz hacia abajo, la otra se la envolvió en la cabeza, anudándola detrás.

«Debo parecer un pirata, o un salteador de caminos...».

Todavía sonriendo, tomó el bloc de la cocina y escribió algo en una hoja. La arrancó y ya sin más fue adonde estaba Olga. Cuando encendió la luz, ella estaba mirando ya hacia la puerta, pero parpadeando, deslumbrada...

Sinclair acercó una silla y se sentó frente a la muchacha.

—Tengo una mala noticia para ti —murmuró.

Le bajó la mordaza y la muchacha, tras tomar aire, jadeó:

—¿Mi padre...?

—Ha muerto —musitó el espía-novelistas—. Lo siento de veras, Olga. Y te aseguro que no ha sido por mi culpa.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por el rostro de la muchacha. Sinclair inclinó la cabeza y estuvo así más de un minuto, esperando. Cuando miró a Olga, ella había dejado de llorar. Sinclair le pasó su pañuelo por el rostro, casi cariñosamente.

—Olga, nunca es bueno traicionar a los nuestros, tanto si eres ruso, como si eres americano. Tu padre ha sido víctima de su propia ambición, eso tienes que admitirlo. Lamento que haya muerto, por ti. Pero, en cierto modo, resulta... tranquilizador que haya muerto un hombre como él. Comprendo que mis palabras deben parecerte duras, pero yo sólo soy hipócrita cuando estoy trabajando, cuando estoy tratando con enemigos... A ti no te considero enemiga.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —susurró ella.

—Voy a llevarte a Cannes, te daré algo de dinero para que puedas viajar a París por tu cuenta y este papel —lo mostró, sonriendo secamente—: he anotado aquí el nombre de un compatriota tuyo, un agente de la MVD que opera en la zona de París. Llámalo primero por teléfono, dile quién eres y a partir de ese momento verás como él se encarga de todo: cuando vayas a darte cuenta, estarás en Moscú.

—¡Me harán muchas preguntas, querrán saber...!

—Querrán saberlo todo, naturalmente. Ya he pensado en ello. Durante el camino hacia Cannes, te explicaré lo suficiente para que en Moscú sepan a qué atenerse, así que podrás darles una explicación satisfactoria. Todo esto, se entiende, si realmente deseas

volver a Rusia, como dijiste... ¿Lo deseas?

—Si... Sí...

—Apruebo tu decisión. Bien, voy a desatarte ahora y partiremos. Por cierto, no te dejaré en Cannes, sino cerca. Llamaría demasiado la atención con este aspecto. Te vendaré los ojos ahora... y ésta es nuestra despedida.

—¿No puedo saber quién eres en realidad?

Melvin Sinclair movió negativamente la cabeza.

—No nos pasemos de buenos ni de románticos, Olga. Entre nosotros no hay nada, ni ha habido nada... que valga la pena recordar. Cada cual iba a lo suyo, eso es todo. Puedes decir en Moscú, de parte de un agente secreto americano, que sé muy bien que han estado haciendo porquerías utilizando los servicios de los Croix-Bergues y ese repugnante líquido corrosivo que tuvo la mala idea de inventar tu padre. No vamos a dar publicidad a este asunto, aunque podríamos hacer que todos los periódicos del mundo tuviesen no pocas cosas que decir, por el sabotaje a dos barcos que se hundieron, con no pocas víctimas. Vamos a dejar este asunto en el máximo secreto, entre espías. Paciencia. Di bien claramente en Moscú que todo queda entre espías, entre profesionales. De la mentira. Los espías siempre mentimos y a nadie le importan nuestras cosas. Hoy por ti, mañana por mí. Pero, eso va a ser todo. Asunto terminado, ¿comprendes? En cuanto a nosotros, a ti y a mí, sería absurdo tan siquiera acordarnos el uno del otro. Es todo.

Y eso fue todo, en efecto.

ESTE ES EL FINAL

—... Y eso fue todo —terminó la explicación Melvin Sinclair.

Sentada en el sofá de la salita de la *suite* que había tomado en un hotel de Rimini, Bridget Skelton permaneció silenciosa unos segundos, contemplando atentamente al novelista-espía, que había encendido dos cigarrillos y le tendía uno.

—¿Lamentas haberte separado de Olga? —musitó de pronto Bridget.

—Claro que no —se asomó él—. ¡Qué tontería! No lamento nada de lo que ha sucedido, querida Bridget. Había un grupo de papanatas que habían adquirido un tremendo poder con el que podían fastidiar a lo grande a nuestros barcos..., incluidos los de guerra en determinado momento, naturalmente y nosotros los hemos eliminado. Eso es lo que cuenta y para eso trabajamos tú y yo en la CIA. Lo demás, no tiene importancia.

—¿Qué me dices respecto a Nanou Saint-Laurent?

—¿Nan...? ¡Santo cielo, la había olvidado!

—¿De veras?

—¡Por supuesto! Bueno... A decir verdad, es tan joven que con ella no quise... En fin, ya me entiendes. Aunque no creo haberle hecho precisamente un favor al ser tan considerado con ella. Es una jovencita que no entiende de estas cosas delicadas, sólo entiende de deseos y de que, desde luego, tiene que satisfacerlos cuanto antes. Imagino que alguno de sus jóvenes amiguitos la habrá consolado de mi ausencia. Oye..., ¡hace un hermoso día!, ¿no te parece?

—Sí —miró Bridget hacia el ventanal—. Hace un hermoso día.

—Te invito a almorzar por ahí... Podemos ir a cualquier sitio

pintoresco, agradable. ¿Qué te parece?

—Me parece bien, naturalmente.

—Estupendo... ¡Pues no hay nada más que hablar! Voy a darme una ducha y nos vamos enseguida. ¿Okay, secretaria?

—Okay.

Melvin pellizcó la barbilla a Bridget, se puso en pie y fue hacia el cuarto de baño. Segundos después estaba bajo el frío chorro de agua... Todo había terminado bien para la CIA y para él. Una vez más, había cumplido su misión..., siempre con el pesar de dejar atrás muertos amigos y muertos enemigos.

«Quizá me estoy endureciendo demasiado», pensó «Una persona no puede vivir así, sin sentimientos, sin nada ni nadie que amar. Todos necesitamos amar. Y en cuanto a mí personalmente...».

Tenía una imagen en la mente... Pero no. No debía ser una imagen. Y si lo era, tenía una realidad impresionante: por entre el agua que caía en su rostro, por entre aquella fina lluvia a presión, estaba viendo a Bridget Skelton, de pie ante la bañera, espléndida como nunca. Una gran toalla envolvía su cuerpo desde las axilas. Donde se sujetaba.

Melvin cerró el grifo del agua.

Y murmuró:

—Te vas a reír, pero creía que no eras más que una imagen de mi mente. ¿Te ocurre algo?

—La ducha de mi habitación no funciona.

—¡Ah! ¡Bien! Habrá que quejarse a la dirección del hotel.

—¿Puedo ducharme contigo?

—Mmmm... Bueno, en realidad ya estaba terminando, así que...

—Melvin yo te amo Por eso te elegí como «maestro», para estar siempre contigo. Te amo tanto... tanto, que me muero por ti, desde que te vi en fotografías de revistas y periódicos y luego en las del archivo de la CIA que me mostraron.

—Santo cielo... ¡Es toda una complicación, Bridget!

—¿Vas a pedir que te pongan otra secretaria? —Tembló la voz de ella.

—Claro que no. Precisamente, estaba pensando que, en cuanto a mí, necesitaba también amar... Y entonces, apareció tu imagen en mi mente... ¿Te parece que eso puede ser amor, querida?

—¡Oh, si! —sonrió alegremente Bridget—. ¡Claro que lo es,

Melvin!

—Vaya por Dios... ¡Tantos años frío como una piedra y cuando me enamoro, resulta que lo hago de una chica frígida! ¿O no lo eres? —exclamó de pronto.

—Claro que no —aseguró ella, alzando un pie hacia la bañera—. Pero soy tan buena espía que hasta pude engañar a la CIA con tal de estar contigo. Y como tú también eres un buen espía..., ¿quién va a poder enterarse de lo nuestro?

—Sólo nosotros —sonrió Melvin Sinclair—. Es suficiente, espía...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...